

CRATILO.

ARGUMENTO.

Los nombres tienen una propiedad; es natural ó de pura convencion; si es natural, ¿en qué consiste? Tal es el problema que Platon se propone aclarar en este diálogo. En la primera parte, que es la más larga, prueba contra Hermógenes, que los nombres tienen un valor intrínseco, una significacion independiente de la voluntad de los que los emplean; que representan la esencia de las cosas, y que la representan por sus elementos; los derivados por los primitivos, y éstos por las sílabas y las letras. En la segunda, precisa á Cratilo, que abunda en este sentido, á poner á esta doctrina cierto número de restricciones, sin las cuales no seria verdadera, ni estaria dentro de los límites debidos. Hé aquí los pormenores.

I. Los nombres no son arbitrarios. Hay, en efecto, discursos verdaderos y discursos falsos; de donde se sigue que hay nombres verdaderos, á saber, los que forman parte de los discursos verdaderos; y nombres falsos, á saber, los que forman parte de los discursos falsos. ¿Cómo podria ser esto posible, si los nombres no estuviesen en cierta relacion con las cosas, y si su razon de ser dependiese sólo del capricho del inventor?

Hayan dicho lo que quieran Protágoras y Eutidemo, las cosas subsisten en sí mismas segun su esencia y su constitucion natural.

Lo mismo sucede con sus acciones, que son especies de seres. Tienen una naturaleza especial; y no pueden ser bien hechas, sino á condicion de que el que las hace se

conforme con la naturaleza de las mismas. No se corta con cualquier cosa y de cualquiera manera; no se puede cortar sino con ciertos instrumentos y de una cierta manera. En otro caso, ó no se corta ó se corta mal.

Lo mismo sucede para hablar; lo mismo para nombrar. No se nombrarán verdaderamente las cosas, si no se tiene en cuenta su naturaleza, y si no se emplea el instrumento conveniente. Este instrumento es el nombre. Y como el nombre está hecho para enseñar, es decir, para representar las cosas, es preciso que el legislador, que es el artífice, forme, con los sonidos y las sílabas, nombres que convengan á las cosas; no precisamente que esté precisado á valerse de tales sonidos y de tales sílabas, sino que debe reproducir con los sonidos y sílabas de que se sirve, el modelo, es decir, el objeto. Es preciso además, que realice este trabajo bajo la vigilancia del dialéctico, único juez competente para juzgar de la calidad de los nombres, porque él es el que los usa. Por donde se ve que la formación de los nombres no es absolutamente obra del azar; y que, léjos de no tener relacion con las cosas, tienen, por el contrario, con ellas una real y necesaria analogía. Luego los nombres tienen una propiedad natural.

¿Cuál es esta propiedad natural? Aparece visiblemente en el nombre de Astianax, que significa *el que manda en la ciudad*; y en el de Hector, que significa *el que es jefe*. Estos dos nombres nos prueban, como nos demostrarán otros mil, que el nombre es el signo de la cosa nombrada, porque representa su esencia; que los seres semejantes llevan nombres semejantes; semejantes, no por las sílabas y las letras, sino por su virtud expresiva. Por el contrario; los seres diferentes, áun cuando fuesen el uno el padre y el otro el hijo, deben ser llamados con nombres diferentes; y si son opuestos, con nombres opuestos.

Así sucede en los de Orestes, personaje *bravío* y *tosco*;

de Agamenon, *admirable por su perseverancia* delante de Troya; de Atreo, que fué *inhumano y audaz*, y *ultrajó* la virtud; de Pélope, que no supo *ver* más que lo que tenia *cerca* de sí, es decir, la hora presente; de Tántalo, *el más desgraciado* de los hombres; de Júpiter, por el que nos es dado el *vivir*; de Cronos, digno de ser el padre de Júpiter, puesto que es el *espíritu* en lo que tiene de más *puro*; de Urano, digno de ser el padre de Saturno, puesto que es *el que contempla las cosas desde lo alto*.

Esta propiedad natural aparece en los nombres que se refieren á las cosas eternas y á la naturaleza, tales como las siguientes: los dioses (θεοί, *zeoi*), los demonios, los héroes, los hombres (άνθρωποι, *anzroopoi*), el alma (ψυχή, *psu-jee*), el cuerpo (σώμα, *sooma*).

Aparece en los nombres de las principales divinidades: Vesta (Ἑστία, *Estia*), Rea, Neptuno (Ποσειδών, *Poseidoon*), Pluton, Ceres (Δημήτηρ, *Deemeeteer*), Juno (Ἥρα, *Eera*), Apolo, Minerva (Ἀθηνά, *Azeena*), etc.; y en los de los seres divinos, pero inferiores: el sol (Ἥλιος, *Eelios*), la luna (Σελήνη, *Seleenee*), el mes, los astros, el aire, etc.

Aparece, en fin, en los nombres, que tienen relacion con la virtud, por ejemplo: la sabiduría (φρόνησις, *fronee-sis*), la comprension (σύνεσις, *sunesis*), la justicia (δικαιοσύνη, *dicaionsunee*), etc.; ó con lo bueno y lo bello, por ejemplo: lo ventajoso (ξυμφέρων, *xumferon*), lo lucrativo (κερδαλέον, *kerdaleon*), lo provechoso (λυσitteλoσν, *lusiteloun*), etc.

Los nombres de todas estas clases son propios; y lo son naturalmente, porque hay entre ellos y sus objetos una natural conformidad. Si algunas veces es preciso rebuscar esta conformidad, consiste en que los nombres han sido más ó menos modificados y alterados por la accion del tiempo, ó por el capricho del uso, ó por una frívola delicadeza del oido, que sacrifica el sentido á la armonía. Si á veces se nos escapa, consiste en que algunos nombres tienen sin duda su origen en otros dialectos, que

apenas comprendemos, ó en la lengua de los bárbaros que no conocemos.

Pero todas las palabras de que hemos hablado hasta ahora, están formadas por la combinacion de otras muchas más simples; y si estas palabras más simples no lo son absolutamente, si encierran aún otras más simples, y estas todavía otras, no se podrá ménos de llegar, de descomposicion en descomposicion, á palabras indescomponibles, á palabras primitivas. ¿En qué consiste la propiedad natural de las primitivas? Las derivadas representan la esencia de las cosas por medio de las primitivas, que son como otros tantos rasgos de un dibujo, ó los colores de un cuadro. Pero las primitivas, ¿cómo la representan? ¿Por qué procedimiento? ¿Mediante qué artificio?

Todo el mundo sabe que los mudos expresan las cosas con la mano, imitándolas por medio de gestos. Nosotros las expresamos por la lengua, imitándolas por la voz. Pero es preciso distinguir muchas clases de imitacion. Todos los objetos tienen una forma, un color, un sonido cuando se les golpea; el nombre no es la imitacion, ni de esta forma, ni de este color, ni de este sonido. Los objetos tienen tambien, además de estas y otras cualidades, una esencia; el nombre es la imitacion de esta esencia. Y como el nombre se compone en último análisis de sílabas y de letras, es la imitacion de la esencia de las cosas por medio de las sílabas y de las letras.

Las palabras primitivas imitan, pues, la esencia de las cosas con las letras; como las derivadas la representan con las primitivas.

¿Cómo podrian imitarla, si no lo hiciesen con letras? Por otra parte, que se examinen las letras sin preocupacion, de buena fe, y se encontrará que tienen esta virtud imitativa. Y asi la letra ρ que obliga á la lengua á moverse y á vibrar con rapidez, expresa natural y perfectamente todas las acciones en que el movimiento desempeña el

principal papel, como en correr (βέν, *rein*), en golpear (κρούειν, *crouein*), moler en (θρύπτειν, *zruptein*). Las silbantes σ, ξ, ψ, ζ por su naturaleza, expresan perfectamente la idea de soplo en ψυχρόν (*psujron*, frío), ζέον (*xeon*, ardimiento), σεισμός (*seismos*, agitación). La λ que la lengua articula deslizándose, pinta exactamente el objeto por la palabra en λεῖον (*leion*, liso), λιπαρόν (*liparon*, reluciente), κολλώδης (*colloodes*, viscoso). En todos los casos y siempre, la letra por sí misma, ó por la sílaba en que predomina, pinta, imita; y, en fin, representa la esencia de las cosas.

Tal es la propiedad de las palabras primitivas; tal es la de las palabras derivadas; tal es la de los nombres en general.

II. Pero no debe darse un sentido demasiado absoluto á las consideraciones precedentes. En una lengua no son todos los nombres una perfecta imágen de su objeto. Con los legisladores, es decir, con los artífices de nombres, sucede lo que con los pintores, arquitectos y artistas en general; unos son mejores, otros no tan buenos. De donde se deduce, como rigurosa consecuencia, que entre los nombres hay unos mejor formados y más exactos; y otros no tan bien formados y ménos exactos.

Porque seria una verdadera puerilidad pretender que todos los nombres son igualmente exactos, por la sola razon de que el nombre, que carece de exactitud, no es nombre. ¿No hay precision de reconocer, que un nombre es una imágen, lo mismo que una pintura, aunque de distinto género? ¿Y no debe entónces suceder con el nombre, comparado con el objeto, lo que con la pintura, comparada con el modelo? Se le parece ó no se le parece; ó se le parece más ó ménos. Es, por lo tanto, más ó ménos exacto, más ó ménos verdadero, más ó ménos propio; segun que es más ó ménos semejante; segun que es más ó ménos bien hecho; segun que es obra de un legislador más ó ménos entendido.

El legislador, al formar un nombre, compone con letras y sílabas una imágen; á la manera que el pintor, al hacer un cuadro, la compone con formas y colores. Todos los cuadros están léjos de tener un valor igual, porque todos los pintores no eligen bien las formas y los colores; y por la misma razon, todos los nombres están léjos de tener igual propiedad, porque todos los legisladores no hacen una buena é igual eleccion de las letras y de las sílabas.

Así puede suceder que se encuentre en una palabra una letra que no convenga, y una palabra en una frase, y una frase en un discurso. La palabra, la frase y el discurso no dejan de tener cierta exactitud, porque representan todavía en su esencia, aunque imperfectamente, las cosas de que son expresion natural.

Pero hay más; no es todo natural en el lenguaje. Hay que dar al uso una parte, es decir, á la convencion. Y así en la palabra *σκληρόν*, (*skleron*), figura la λ, que no expresa por entero la rudeza; así como la ρ, que, por el contrario, la expresa perfectamente. Sin embargo; damos aquí el mismo sentido á la λ que á la ρ; ¿por qué? Porque sabemos todos que queremos representar lo mismo por la primera que por la segunda de estas letras, la idea de rudeza. En esto consiste el uso, cuya condicion es representar un objeto por una letra ó una palabra, que no se le parece. No es ménos cierto que el nombre mejor hecho es el que se compone enteramente, ó por lo ménos en gran parte, de elementos semejantes á las cosas.

Aun cuando las lenguas fueran perfectas, y no contuvieran nada artificial, no se seguiria de aquí que con sólo saber los nombres se sabrian ya las cosas. En efecto; ¿quiénes son los inventores de los nombres? Los hombres. Pero éstos han podido engañarse, y al representar las cosas por los nombres, han podido representarlas de otra manera de como son. Se responderá, quizá, que todos los

nombres griegos se refieren á la teoría del movimiento universal. Esto no probaria que los inventores de los nombres griegos no se hayan engañado; sino que probaria más bien que han sido consecuentes en la verdad, como en el error. Pero tampoco es cierto que todos los nombres griegos se refieran á una misma doctrina, como que unos han defendido la del movimiento y otros la del reposo.

Por otra parte, es trastornar la verdadera relacion de los términos y caer en un círculo vicioso, querer derivar la ciencia de las cosas de la de los nombres; puesto que los nombres, en el instante de la invencion, suponen conocidas las cosas. En efecto; ¿cómo imitar, mediante un nombre, la esencia de un objeto, si se ignora esta esencia? El autor de los primeros nombres tenia la ciencia de las cosas sin los nombres. Las cosas pueden ser conocidas en sí mismas. Digamos mejor: no pueden verdaderamente ser conocidas sino en sí mismas. Reflexiónese bien, y se comprenderá que estudiando lo que no es la cosa misma, es imposible conocer las mismas cosas. Se puede discutir sobre el método que debe seguirse en el estudio de las cosas, pero no sobre la materia de este estudio; porque es preciso estudiar las cosas en las cosas.

Si no me engaño, este análisis, escrupulosamente fiel, prueba sin duda que el *Cratilo* tiene un fundamento sólido y un objeto serio. No se hubiera empleado tanta constancia, método, fuerza y razon, si no tuviera este carácter. No vemos que Proclo (ni ninguno de sus predecesores, puesto que él nada dice de ellos) se haya preguntado á sí mismo si este diálogo es un entretenimiento del espíritu ó un estudio filosófico. Esta cuestion ha sido suscitada por los modernos, es decir, por lectores distraidos y ansiosos de concluir pronto.

En general, se tiene un juicio equivocado acerca del carácter del *Cratilo*, porque se juzga tambien inexactamente su objeto.

Las dos terceras partes de este diálogo se componen de etimologías, y algunas muy extrañas; y como se fijan particularmente en ellas y en su extrañeza se olvidan de todo lo demás, se persuaden de muy buena fe que Platon ha escrito el *Cratilo* para ofrecer expresamente al lector un entretenimiento gramatical. Este es un grande error.

Hay dos cosas en el *Cratilo* que los críticos confunden muchas veces, y que importa distinguir con cuidado: una tesis filosófica ó filológica, como se quiera, y ejemplos que sirven de explicacion y confirmacion.

La tesis es que los nombres tienen una propiedad natural; que esta propiedad natural consiste en la representacion de la esencia de las cosas; que esta representacion tiene lugar, en las palabras derivadas, por medio de las primitivas; en las primitivas, por medio de las sílabas y las letras. Y todo esto, ¿no es muy serio en sí, y no es expuesto muy sériamente por Platon? ¿No emplea toda su dialéctica en probar que los nombres no son simples convenciones; y no emplea toda la fuerza de su espíritu para demostrar que expresan naturalmente la esencia de las cosas; ó por lo ménos, la idea que de ella han debido formarse los inventores? Esta doctrina, que ya habia sido expuesta por Pitágoras; que fué la de Epicuro; que muchos, entre los modernos, han adoptado; que aprueba el sabio autor del artículo sobre los *Signos* en el *Diccionario de las ciencias filosóficas*; Platon, despues de haberla expuesto con todo el desenvolvimiento que permite, ¿no la defiende contra las exageraciones que la comprometen, declarando que si las palabras son imágenes, estas imágenes son imperfectas; que si las lenguas son un producto de la naturaleza, son tambien, hasta cierto punto, obra del uso, del capricho y del azar? Y en todos estos caracteres, ¿no reconocéis un pensamiento fijo, profundo, filosófico, dogmático, que tiene fe en sí mismo y aspira á hacerse aceptar?

Los ejemplos son las etimologías que Platon no expone por lo que valgan ellos mismos, sino para hacer comprender en qué consiste la propiedad de los nombres en general, y cómo pueden representar las cosas en su esencia. No le importa que el lector acepte ó deseche estas etimologías; lo que le importa es que el lector se inspire en la idea de la virtud representativa de los nombres, y que éntre en su pensamiento. Hé aquí por qué pasa de una etimología á otra, sin detenerse en ninguna, sin querer darla gran valor; abandonando él mismo algunas veces lo que acaba de proponer, y respondiendo con una dulce sonrisa al dócil Hermógenes, cuando por casualidad califica á alguna de inverosímil. ¿Podrá extrañarse que Platon evite una gravedad pedantesca en un asunto en el que es tan fácil y tan comun engañarse? Y la gracia de estos detalles, ¿en qué daña á la gravedad del conjunto?

Por lo demás, grandemente se equivocaria el que supusiera que Platon no cree en las etimologías que cita. Ellas son á sus ojos perfectamente verosímiles, salvo raras excepciones. ¿Y por qué nó? ¿No dice Aristóteles muy seriamente que φαντασία (*fantasia*) viene de φῶς (*fos*)? ¿No dice Plotin muy gravemente que δόξα (*doxa*) viene de παραδείξομαι (*paradejōmai*)? ¿Es que Varron se divierte en su tratado *De lingua latina*?; y sin embargo, entre sus numerosas etimologías, ¿hay una sola que no se desvanezca á impulso de la crítica más indulgente?

Pero si tomamos en serio este diálogo de Platon, como Proclo; no creemos, como él, que sea un preliminar necesario de la filosofía platónica; y por consiguiente, una parte esencial de la misma filosofía.

Sobre este punto confesamos que los alejandrinos nos son sospechosos, y Proclo más que ningun otro. ¿Cómo estos filósofos, que concuerdan á Zenon con Aristóteles, á Aristóteles con Platon, no habian de concordar á Platon con el mismo Platon? Si como ecléticos encadenan todos

los sistemas griegos, ¿es que encadenan asimismo todas las ideas platonianas? Pero no está probado que todos los sistemas griegos no sean más que una filosofía; ni que todas las ideas platonianas no constituyan más que una sola doctrina.

No midamos á nuestro modo á los antiguos. Nosotros tenemos un espíritu de rigor, de consecuencia y de método, que no es de su tiempo, ni estaba en sus hábitos intelectuales. Ellos tenían una curiosidad universal, que contrasta con nuestros gustos exclusivos y nuestras disposiciones especiales. Nuestras ideas son ménos numerosas y más ligadas; las suyas eran más variadas y ménos coherentes.

Por esto todos los filósofos de la antigüedad se han preocupado de esta cuestion del lenguaje, sin ligar, al parecer, sus opiniones sobre este punto á sus opiniones filosóficas. Cratilo, más heracliteo que el mismo Heráclito, nos ofrece un ejemplo patente. ¡Cree en la relatividad universal y atribuye á los nombres un valor absoluto!

Ciertamente no hay esta contradiccion entre la teoría de Platon sobre la propiedad de los nombres y la teoría de las ideas. Pero si la primera no choca con la segunda, por lo ménos es independiente de ella. Si no nos aleja de ella, tampoco nos acerca.

¿Cómo la ciencia de los nombres podria ser camino de la ciencia de las cosas en las creencias de Platon? Él mismo lo niega terminantemente. Estudiando los nombres, dice, no se puede saber más que el pensamiento de los que los han hecho; ¿y quién nos asegura que no se han equivocado? Admitamos que los nombres sean la exacta imagen de los séres y de sus cualidades. Los primeros inventores sabian los séres y sus cualidades sin los nombres; y ¿cómo habian llegado á conocer los séres y sus cualidades directamente? Estudiándolos directamente.

¿No dice Platon tambien que la formacion de los nom-

bres es obra del legislador, vigilada por el dialéctico? La dialéctica, es decir, la ciencia de las cosas, es por lo tanto anterior á la de los nombres.

Precisamente por esto estimamos contrario á la verdad lo que se dice en esta frase de Proclo, ó de su abreviador. «Evidentemente Platon quiere enseñar los principios de los séres y de la dialéctica: puesto que habla al mismo tiempo de los nombres y de lo que ellos designan.» No; Platon no quiere enseñar los principios de los séres y de la dialéctica; puesto que la ciencia de los séres es independiente de la ciencia de los nombres y la precede; toda vez que la dialéctica preside á la formacion de los nombres, y los corrige. Platon quiere una cosa mucho más sencilla: decir su opinion sobre el lenguaje en el *Cratilo*; como lo dice sobre la poesía en el *Ion*; sobre la oracion fúnebre en el *Menezenes*; sobre la retórica, en el *Gorgias*.

CRATILO
ó
DE LA PROPIEDAD DE LOS NOMBRES.

HERMÓGENES.—CRATILO.—SÓCRATES.

HERMÓGENES (1).

Aquí tenemos á Sócrates. ¿Quieres que le admitamos como tercero, dándole parte en nuestra discusion?

CRATILO (2).

Como gustes.

HERMÓGENES.

Ve aquí, mi querido Sócrates, á Cratilo, que pretende que cada cosa tiene un nombre, que la es naturalmente propio; que no es un nombre aquel de que se valen algunos, despues de haberse puesto de acuerdo, para servirse de él; y que un nombre de tales condiciones sólo consiste en una cierta articulacion de la voz; sosteniendo, por lo tanto, que la naturaleza ha atribuido á los nombres un sentido propio, el mismo para los griegos que para los bárbaros. Entónces yo le he preguntado, si Cratilo es verdaderamente su nombre ó no lo es. Él confiesa que tal es su nombre. ¿Y el de Sócrates? le dije. Sócrates, me respondió. Y respecto de todos los demás hombres, el nombre con que los designamos, ¿es el de cada uno de ellos? Nó, dijo; tu nombre propio no es Hermógenes, aunque

(1) Hijo de Hiponico, hermano del rico Callias. Fiel discípulo de Sócrates, le asistió hasta los últimos momentos.

(2) Discípulo célebre de Heráclito, que llevó la doctrina de su maestro hasta la exageracion.

todos los hombres te llaman así. Y aunque yo le interrogo con el vivo deseo de comprender lo que quiere decir, no me responde nada que sea claro, y se burla de mí. Finge pensar en sí mismo cosas, que si las hiciera conocer claramente, me obligarian sin duda á ser de su opinion, y á hablar como él habla. Por lo tanto, si pudieses, Sócrates, explicarme el secreto de Cratilo, te escucharia con mucho gusto; pero tendré mucho más placer aún en saber de tus labios, si consientes en ello, qué es lo que piensas acerca de la propiedad de los nombres.

SÓCRATES.

¡Oh, Hermógenes, hijo de Hiponico! dice un antiguo proverbio, que las cosas bellas son difíciles de saber (1); y ciertamente la ciencia de los nombres no es un trabajo ligero. ¡Ah! si yo hubiera oído en casa de Prodicó (2) la demostracion, á cincuenta dracmas por cabeza, que nada deja que desear sobre esta cuestion, como lo dice él mismo, no tendria ninguna dificultad en hacerte conocer acto continuo la verdad sobre la propiedad de los nombres; pero yo no le oí á este precio, pues sólo recibí la leccion de un dracma. Por consiguiente, no puedo saber sobre los nombres lo que es cierto y lo que no lo es. Sin embargo; estoy dispuesto á unir mis esfuerzos á los tuyos y á los de Cratilo, y á hacer las posibles indagaciones con vosotros. En cuanto á lo que dice de que Hermógenes no es verdaderamente tu nombre, creelo, no es más que una broma. Sin duda entiende que, persiguiendo constantemente la riqueza, no puedes nunca conseguirla (3). Sea de esto lo que quiera, no es fácil, como ántes

(1) *Son difíciles las cosas bellas*; proverbio que Platon cita tambien en la *República*.

(2) Nacido en Julis, en la isla de Ceos. Escribió una coleccion de declamaciones, y se ocupó mucho de los sinónimos y del lenguaje.

(3) Hermógenes, es decir, hijo de Mercurio, dios de la ganancia, debería ser rico, para llevar con razon este nombre.

dije, ver claro en estas materias; examinemos, por lo tanto, juntos si eres tú el que tienes razon ó si es Cratilo.

HERMÓGENES.

Respecto á mí, mi querido Sócrates, despues de muchas discusiones con nuestro amigo y con muchos otros, no puedo creer que los nombres tengan otra propiedad, que la que deben á la convencion y consentimiento de los hombres. Tan pronto como alguno ha dado un nombre á una cosa, me parece que tal nombre es la palabra propia; y sí, cesando de servirse de ella, la reemplaza con otra, el nuevo nombre no me parece ménos propio que el primero. Asi es que, si el nombre de nuestros esclavos lo sustituimos con otro, el nombre sustituido no es ménos propio que lo era el precedente. La naturaleza no ha dado nombre á ninguna cosa; todos los nombres tienen su origen en la ley y el uso; y son obra de los que tienen el hábito de emplearlos. Si este es un error, estoy dispuesto á instruirme, y á tomar lecciones, no sólo de Cratilo, sino de todo hombre entendido, cualquiera que él sea (1).

SÓCRATES.

Quizá dices verdad, querido Hermógenes. Examinemos el punto. ¿Basta que dé uno un nombre á una cosa, para que este nombre sea el de esta cosa?

HERMÓGENES.

Así me lo parece.

SÓCRATES.

¿Y es indiferente que esto lo haga un particular ó un Estado?

HERMÓGENES.

Es indiferente.

(1) Para saber las distintas opiniones de los antiguos filósofos, puede verse el comentario abreviado de Proclo sobre el *Cratilo*, citado por M. Cousin.

SÓCRATES.

¡Pero qué! Si quiero nombrar la primera cosa que se me presente, por ejemplo, lo que llamamos hombre, llamándolo caballo; y lo que llamamos caballo, llamándolo hombre; ¿un mismo será tendrá el nombre de hombre para todo el mundo, y para mí sólo el de caballo; y el mismo será tendrá el nombre de hombre para mí sólo y el de caballo para todo el mundo? Hé aquí claramente lo que tú dices.

HERMÓGENES.

Me parece que es así.

SÓCRATES.

Veamos; responde á lo siguiente. ¿Admites que haya algo á que tú llames verdadero, ó á que llames falso?

HERMÓGENES.

Sí.

SOCRATES.

Por consiguiente, ¿existe un discurso verdadero y un discurso falso?

HERMÓGENES.

Sin duda.

SÓCRATES.

El discurso, que dice las cosas como son, es verdadero; y el que las dice como no son, es falso?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Luego es posible decir, mediante el discurso, lo que es y lo que no es? (1).

HERMÓGENES.

Ciertamente.

(1) Véase el *Eutidemo*, en el que se desenvuelve este sofisma de los sofistas.

SÓCRATES.

El discurso verdadero, ¿es verdadero por entero, mientras que sus partes no son verdaderas?

HERMÓGENES.

No; sus partes son verdaderas igualmente.

SÓCRATES.

¿Sus grandes partes son verdaderas, mientras que las pequeñas no lo son; ó bien lo son todas?

HERMÓGENES.

Creo que todas.

SÓCRATES.

¿Y crees tú, que haya en el discurso alguna otra parte más pequeña que el nombre?

HERMÓGENES.

Ninguna es más pequeña.

SÓCRATES.

Pero el nombre, ¿no es parte de un discurso verdadero?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Luego esta parte es verdadera por lo que tú dices?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero la parte de un discurso falso, ¿no es falsa?

HERMÓGENES.

Conforme.

SÓCRATES.

Luego puede decirse del nombre, que es falso ó verdadero; puesto que puede decirse esto mismo del discurso.

HERMÓGENES.

Es evidente.

SÓCRATES.

Pero desde que alguno da un nombre á una cosa, ¿es verdaderamente el nombre de esta cosa?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Luego cada cosa tendrá tantos nombres como se le asignen, y sólo por el tiempo que se le asigne?

HERMÓGENES.

Mi querido Sócrates, yo no reconozco en los nombres otra propiedad que la siguiente: puedo llamar cada cosa con el nombre que yo le he asignado; y tú con tal otro nombre, que también le has dado á tu vez. Así es que veo que en diferentes ciudades las mismas cosas tienen nombres distintos, variedad que se observa lo mismo comparando griegos con griegos, que griegos con bárbaros.

SÓCRATES.

Y bien, querido Hermógenes; ¿te parece que los seres son de tal naturaleza, que la esencia de cada uno de ellos sea relativa á cada uno de nosotros, segun la proposición de Protágoras, que afirma que el hombre es la medida de todas las cosas; de manera que tales como me parecen los objetos, tales son para mí; y que tales como te parecen á tí, tales son para tí? O más bien, ¿crees que las cosas tienen una esencia estable y permanente?

HERMÓGENES.

En otro tiempo, Sócrates, no sabiendo qué pensar, llegué hasta adoptar la proposición de Protágoras; pero no creo que las cosas pasen completamente (1) como él dice.

SÓCRATES.

¡Pero qué! ¿Has llegado alguna vez á pensar, que ningún hombre es completamente malo?

HERMÓGENES.

No, ¡por Júpiter! Me he encontrado muchas veces en

(1) Toda la página que sigue, es la refutación de esta expresión, *completamente*; propia de los espíritus tímidos y sin doctrina fija, que procuran no decidirse para no comprometerse.

situaciones que me han hecho creer, que hay hombres completamente malos, y en gran número.

SÓCRATES.

¡Y qué! ¿No te parece igualmente que existen hombres completamente buenos?

HERMÓGENES.

Son bien raros.

SÓCRATES.

Pero, sin embargo, ¿los hay?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Cómo lo explicas? ¿No es que los hombres completamente buenos, son completamente sabios; y que los hombres completamente malos, son completamente insensatos?

HERMÓGENES.

Eso es precisamente lo que yo pienso.

SÓCRATES.

Pero si Protágoras dice verdad, si es la verdad misma la proposición de que tales como nos parecen las cosas, tales son; ¿es posible que unos hombres sean sabios, y los otros insensatos?

HERMÓGENES.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

Luego, á mi parecer, estás completamente persuadido de que, puesto que existe una sabiduría y una insensatez, es completamente imposible que Protágoras tenga razón. En efecto, un hombre no podría nunca ser más sabio que otro, si la verdad no fuera para cada uno más que lo que le parece.

HERMÓGENES.

Conforme.

SÓCRATES.

Pero tú tampoco admites con Eutidemo (1), que todas las cosas son las mismas á la vez y siempre para todo el mundo. En efecto; seria imposible que unos fuesen buenos y otros malos, si la virtud y el vicio se encontrasen igualmente y siempre en todos los hombres.

HERMÓGENES.

Dices verdad.

SÓCRATES.

Luego, si todas las cosas no son para todos de la misma manera á la vez y siempre; y si cada objeto no es tampoco propiamente lo que parece á cada uno, no cabe la menor duda de que los séres tienen en sí mismos una esencia fija y estable; no existen con relacion á nosotros, no dependen de nosotros, no varian á placer de nuestra manera de ver, sino que existen en sí mismos, segun la esencia que les es natural.

HERMÓGENES.

Me parece bien, Sócrates; tienes razon.

SÓCRATES.

Ahora bien; siendo los séres así, ¿pueden ser sus acciones de otra manera? O más bien, ¿no son una especie de séres las acciones?

HERMÓGENES.

Verdaderamente, sí.

SÓCRATES.

Por consiguiente; las acciones se hacen tambien segun su propia naturaleza, y no segun queramos. Por ejemplo; hé aquí una cosa que es preciso cortar: ¿la cortaremos como queramos, y con lo que queramos? ¿No debemos, por el contrario, cortar como es natural cortar, y como

(1) Este Eutidemo es el del diálogo de su nombre, hermano de Dionisodoro. Sostenia, que todas las cosas son las mismas para todo el mundo; doctrina, que es justamente la opuesta á la de Protágoras.

una cosa debe de ser cortada, si queremos cortar en efecto, y llevar á feliz término nuestra operacion? Y si nos ponemos en oposicion con la naturaleza, ¿no nos expondremos á un chasco?

HERMÓGENES.

Ese es mi parecer.

SÓCRATES.

Y si es preciso quemar alguna cosa, no pretenderemos quemarla de cualquier manera, sino de la que nos parezca buena; y la buena es la que se conforma con la naturaleza, que quiere que se queme y que una cosa sea quemada de una cierta manera y con un cierto instrumento.

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

¿Y sucede lo mismo respecto de todas las demás acciones?

HERMÓGENES.

Absolutamente lo mismo.

SÓCRATES.

Pero hablar, ¿no es tambien una accion?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Entonces, si alguno habla sin otra regla que su capricho, hablará bien? ¿No es preciso, por el contrario, que diga las cosas como es natural decir las, y que sean dichas sirviéndose del instrumento conveniente para hablar con verdad; mientras que, si procede de otra manera, se engañará y no hará nada de provecho?

HERMÓGENES.

Creo que tienes razon.

SÓCRATES.

Pero nombrar es una parte de lo que llamamos hablar. Los que nombran, hablan; ¿no es cierto?

HERMÓGENES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Luego nombrar es una acción, puesto que hablar es una acción, que se refiere á las cosas.

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero nos ha parecido, que las acciones no dependen de nosotros, sino que tienen en sí mismas una naturaleza propia.

HERMÓGENES.

Así es.

SÓCRATES.

Luego es preciso nombrar las cosas como es natural nombrarlas, y nombrarlas con el instrumento conveniente, y no según nuestro capricho; si queremos, al menos, ser consecuentes con nosotros mismos. Y si procedemos así, nombraremos efectivamente; si no, nó?

HERMÓGENES.

Así me parece.

SÓCRATES.

Veamos. ¿No decimos que el que quiere cortar tiene necesidad de lo que es necesario para cortar?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Y el que quiere tejer, ¿tiene necesidad de lo que es preciso para tejer; y el que quiere horadar, de lo que es preciso para horadar?

HERMÓGENES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y el que quiere nombrar, ¿tiene necesidad de lo que es preciso para nombrar?

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

¿Qué es lo que sirve para horadar?

HERMÓGENES.

Un barreno.

SÓCRATES.

¿Y para tejer?

HERMÓGENES.

Una lanzadera.

SÓCRATES.

¿Y para nombrar?

HERMÓGENES.

Un nombre.

SÓCRATES.

Perfectamente. Luego el nombre es tambien un instrumento.

HERMÓGENES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y si yo te preguntare: ¿qué instrumento es la lanzadera? Aquel con que se teje, dirias; ¿no es así?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero al tejer, ¿qué se hace? ¿No se separa la trama de la urdimbre, que estaban confundidas?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Lo mismo me dirás con respecto al barreno, y á todos los demás instrumentos.

HERMÓGENES.

Absolutamente lo mismo.

SÓCRATES.

¿Y no puedes decirme otro tanto con respecto al nombre? Puesto que nombre es un instrumento, ¿cuando nombramos, qué hacemos?

HERMÓGENES.

Eso es lo que yo no puedo explicar.

SÓCRATES.

¿No nos enseñamos algo los unos á los otros, y no distinguimos, por medio de ellos, las maneras de ser los objetos?

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Luego el nombre es un instrumento propio para enseñar y distinguir los seres, como la lanzadera es propia para distinguir los hilos del tejido.

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

La lanzadera, ¿es un instrumento del arte de tejer?

HERMÓGENES.

¿Cómo negarlo?

SÓCRATES.

El tejedor hábil se servirá bien de la lanzadera, quiero decir, como tejedor. Y el maestro hábil se servirá bien del nombre, quiero decir, como maestro.

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Cuando el tejedor emplea la lanzadera, ¿á quién debe esta lanzadera?

HERMÓGENES.

Al carpintero.

SÓCRATES.

¿Es todo hombre carpintero, ó lo es sólo el que posee este arte?

HERMÓGENES.

El que posee este arte.

SÓCRATES.

El que barrena la madera, ¿á qué artesano debe el barreno de que se sirve?

HERMÓGENES.

Al herrero.

SÓCRATES.

¿Y son todos herreros, ó sólo el que posee este arte?

HERMÓGENES.

Sólo el que posee este arte.

SÓCRATES.

Perfectamente. Y cuando se sirve del nombre el maestro, ¿de quién es la obra que emplea?

HERMÓGENES.

Eso es lo que yo no puedo decir.

SÓCRATES.

¿No puedes decir quién nos suministra los nombres de que nos servimos?

HERMÓGENES.

No, en verdad.

SÓCRATES.

¿No te parece que es la ley la que nos los suministra?

HERMÓGENES.

Es probable.

SÓCRATES.

Luego de la obra del legislador se sirve el maestro, cuando se sirve del nombre.

HERMÓGENES.

Así lo creo.

SÓCRATES.

¿Y crees tú que todo hombre es legislador, ó que lo es sólo el que posee este arte?

HERMÓGENES.

Es sólo el que posee este arte.

SÓCRATES.

Luego no es árbitro todo el mundo, mi querido Hermógenes, de imponer nombres, sino que lo es sólo el verdadero obrero de nombres; y éste es, al parecer, el legislador, que es de todos los artesanos el que más escasea entre los hombres.

HERMÓGENES.

Es probable.

SÓCRATES.

Pues bien; examina ahora qué es lo que el legislador debe tener en cuenta para designar los nombres. Para este exámen, ten presente lo que ántes dijimos. ¿Qué es lo que el carpintero tiene en cuenta para hacer la lanzadera? ¿No es la operacion de tejer, y no atiende á la naturaleza de esta operacion?

HERMÓGENES.

Es evidente.

SÓCRATES.

Pero si la lanzadera se rompe en manos del obrero, ¿construirá otra esforzándose en copiar la anterior, ó bien se guiará por la *idea* que sirvió de base á su primer trabajo?

HERMÓGENES.

A mi juicio, se atenderá á esta idea.

SÓCRATES.

Y esta idea, ¿no es justo y exacto llamarla la lanzadera en sí?

HERMÓGENES.

Así me lo parece.

SÓCRATES.

Puesto que toda tela, fina ó basta, de hilo ó de lana, ó de cualquiera otra materia, no puede fabricarse sino con una lanzadera, es preciso que el obrero haga todas las lanzaderas segun la *idea* de la lanzadera; pero dando á cada una la forma que la haga más propia para cada género de tejido.

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Y lo mismo sucede con todos los demás instrumentos. Después de haber encontrado el instrumento, naturalmente propio para cada género de trabajo, el obrero debe echar mano de los materiales que se presten á ello, no según su capricho, sino según lo ordena la naturaleza. Por ejemplo; es preciso saber forjar con hierro el barreno propio para cada operación.

HERMÓGENES.

Ciertamente.

SÓCRATES.

Y en cuanto á la lanzadera, propia naturalmente para cada género de trabajo, debe saber componerla con la madera que corresponda.

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Por que á cada género de tejido corresponde naturalmente una cierta lanzadera; y lo mismo sucede en todo lo demás.

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Por consiguiente; es preciso, mi excelente amigo, que el legislador sepa formar, con sonidos y sílabas, el nombre que conviene naturalmente á cada cosa; que forme y cree todos los nombres, fijando sus miradas en el nombre en sí; si quiere ser un buen instituidor de nombres. Porque todos los legisladores no formen cada nombre con las mismas sílabas, no por eso debe desconocerse esta verdad. Todos los herreros no emplean el mismo hierro, aunque hagan el mismo instrumento para el mismo fin. Sin embargo; con tal que reproduzca la misma idea, poco im-

porta el hierro; siempre será un excelente instrumento, ya se haya hecho entre nosotros ó entre los bárbaros. ¿No es cierto?

HERMÓGENES.

Perfectamente.

SÓCRATES.

Por lo tanto; lo mismo juzgarás del legislador, sea griego ó bárbaro. Con tal que, conformándose á la idea del nombre, dé á cada cosa el que la conviene, poco importan las sílabas de que se sirva; no por eso dejará de ser buen legislador, sea en nuestro país ó sea en otro.

HERMÓGENES.

Perfectamente.

SÓCRATES.

¿Quién decidirá si á un trozo de madera se le ha dado la forma propia de una lanzadera? ¿Será el que la ha hecho, el carpintero; ó el que debe servirse de ella, el tejedor?

HERMÓGENES.

Lo más probable, Sócrates, es que sea el que se ha de servir de ella.

SÓCRATES.

¿Y quién es el que debe servirse de la obra de un fabricante de liras? ¿No será este el más capaz de presidir al trabajo del obrero, y de juzgar en seguida si la obra está bien ó mal ejecutada?

HERMÓGENES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Y quién es ese juez?

HERMÓGENES.

El tocador de lira.

SÓCRATES.

¿Y quién es el que debe servirse de la obra del constructor de naves?

HERMÓGENES.

El piloto.

SÓCRATES.

¿Y quién vigilará mejor el trabajo del legislador, y juzgará con más acierto si ha obrado bien, sea entre nosotros, sea entre los bárbaros? ¿No es el mismo que debe servirse de él?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y el que debe servirse de él, no es el que posee el arte de interrogar?

HERMÓGENES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Y también el de responder?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y al que posee el arte de interrogar y de responder, no le llamas dialéctico?

HERMÓGENES.

Así le llamo.

SÓCRATES.

Pero el carpintero, ¿no tiene precisión de construir el timón bajo la vigilancia del piloto, si quiere que el timón llene su objeto?

HERMÓGENES.

Es justo.

SÓCRATES.

Y el legislador en la designación de los nombres, ¿no es indispensable que tome por maestro á un dialéctico, si quiere designarlos convenientemente?

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

No es este, mi querido Hermógenes, un negocio sencillo; porque la institucion de nombres no es tarea para un cualquiera, ni para gente sin talento. Y Cratilo habla bien cuando dice que hay nombres que son naturales á las cosas, y que no es dado á todo el mundo ser artífice de nombres; y que sólo es competente el que sabe qué nombre es naturalmente propio á cada cosa, y acierta á reproducir la idea mediante las letras y las sílabas.

HERMÓGENES.

Nada tengo que oponer, Sócrates, á lo que acabas de decir. Sin embargo; es difícil darse por convencido desde luego; y creo que me convencerias mejor si me explicases cuál es esta propiedad de los nombres, fundada, segun tu opinion, en la naturaleza.

SÓCRATES.

Yo, excelente Hermógenes, no me atrevo á tanto; y olvidas lo que decia ántes; que ignorante de estas cosas, estaba pronto á examinarlas contigo. Pero el resultado de nuestras comunes indagaciones es que, al contrario de lo que creiamos al principio, nos parece ahora que el nombre tiene una cierta propiedad natural; y que todo hombre no es apto para dar á las cosas nombres convenientes. ¿No es cierto?

HERMÓGENES.

Perfectamente.

SÓCRATES.

Sentado esto, debemos indagar, puesto que deseas saberlo, en qué consiste la propiedad del nombre.

HERMÓGENES.

En efecto, deseo saberlo.

SÓCRATES.

Pues bien; examínalo.

HERMÓGENES.

Sí; ¿pero cómo es preciso examinarlo?

SÓCRATES.

El medio más propio para llegar á este resultado, mi querido amigo, es el siguiente: dirigirse á los hombres hábiles, pagarles bien, y además de la paga, darles las gracias. Los hombres hábiles son los sofistas. Tu hermano Calias, que les ha dado gruesas sumas, pasa por sabio. Y puesto que tú no posees parte alguna del patrimonio de tu familia, es preciso que halagues á tu hermano, y le supliques que te haga conocer esta propiedad de los nombres, que le enseñó Protágoras.

HERMÓGENES.

Seria de mi parte una extraña súplica, Sócrates, si despues de haber rechazado absolutamente la *Verdad* de Protágoras (1), diese yo algun valor á las consecuencias de esta *Verdad*.

SÓCRATES.

¿No te agrada este medio? Pues vamos en busca de Homero y de los demás poetas.

HERMÓGENES.

¿Y qué dice Homero de la propiedad de los nombres, y en qué pasaje?

SÓCRATES.

En muchos. Los más extensos y bellos son aquellos en los que distingue, respecto de un mismo objeto, el nombre que le dan los hombres, y el que le dan los dioses. ¿No crees, que Homero en estos pasajes nos dice cosas notables y admirables sobre la propiedad de los nombres? Porque es evidente, que los dioses emplean los nombres en su sentido propio, tal como le ha hecho la naturaleza. ¿No es esta tu opinion?

(1) *La Verdad de Protágoras* es á la vez el título de una de sus obras y una indicacion de su sistema, segun el cual la sensacion es la medida de todas las cosas, y la verdad tiene sólo un valor individual.

HERMÓGENES.

Creo que si los dioses nombran ciertas cosas, las nombran con propiedad; ¿pero de qué cosas quieres hablar?

SÓCRATES.

Ese rio, que bajo los muros de Troya, tiene un combate singular con Vulcano, ¿no sabes que Homero dice (1), que los dioses le llaman Janto, y los hombres Escamandro?

HERMÓGENES.

Lo sé.

SÓCRATES.

Pues bien; ¿no crees que importa saber por qué á este rio se le llama con más propiedad Janto, que Escamandro? O si quieres, fijate en ese pájaro del que dice el poeta (2): *los dioses le llaman Calcis, y los hombres Cimindis*. ¿Crees tú que no sea interesante saber por qué se le llama Calcis con más propiedad que Cimindis? Y lo mismo sucede con la colina Batieia, llamada tambien Mirine (3), y con otros mil ejemplos, tanto de este poeta como de otros. Pero quizá estas son dificultades, que ni tú ni yo podemos resolver. Mas los nombres de Escamandro y de Astianax, que, segun Homero, son los del hijo de Hector, están más á nuestro alcance; y es más fácil descubrir la propiedad que les atribuye. ¿Conoces los versos, donde están los nombres de que hablo (4)?

HERMÓGENES.

Perfectamente.

SÓCRATES.

¿Cuál de estos dos nombres te parece que Homero juzgó más propio para el jóven Astianax ó Escamandro?

-
- (1) *Iliada* 20, 74.
 (2) *Iliada* 14, 291.
 (3) *Iliada* 11, 813.
 (4) *Iliada* 22, 505, 507.

HERMÓGENES.

No puedo decirlo.

SÓCRATES.

Razonemos de esta manera. Si se te preguntare: ¿son los más sabios, los que dan los nombres con más propiedad; ó son los ménos sabios?

HERMÓGENES.

Evidentemente los más sabios, responderia yo.

SÓCRATES.

Hablando en general, ¿son las mujeres las que te parecen más sábias en las ciudades, ó los hombres?

HERMÓGENES.

Los hombres.

SÓCRATES.

Pero sabes que Homero dice, que el jóven hijo de Hector era llamado Astianax por los troyanos; y es claro, que era llamado Escamandro por las mujeres, puesto que los hombres le llamaban Astianax.

HERMÓGENES.

Es probable.

SÓCRATES.

¿Pero Homero juzgaba á los troyanos más sabios que á sus mujeres?

HERMÓGENES.

Así lo creo.

SÓCRATES.

Luego debia parecerle el nombre de Astianax más propio que el de Escamandro.

HERMÓGENES.

Probablemente (1).

SÓCRATES.

Indaguemos la razon. ¿Pero no nos la da él mismo,

(1) M. Cousin deshace la equivocacion padecida por Platon al citar el texto de Homero; pues este dice que Hector llamaba á su hijo Escamandro, y que los demás le llamaban Astianax.

mejor que ningun otro? Dice (1): *él solo defendia la ciudad y sus elevados muros*. Parece, por consiguiente, que se llamaba con razon al hijo del salvador, el *Astianax* (2) de lo salvado por su padre, como lo hace Homero.

HERMÓGENES.

Así me lo parece.

SÓCRATES.

¡Cómo! ¿En qué consiste, que yo no estoy seguro de comprender esto, y tú lo comprendes?

HERMÓGENES.

¡Por Júpiter! Tampoco lo comprendo yo.

SÓCRATES.

Y bien, mi querido amigo, ¿no será Homero mismo el que ha dado este nombre de Hector al héroe troyano?

HERMÓGENES.

¿Por qué?

SÓCRATES.

Porque este último nombre me parece muy análogo al de Astianax, y ambos se parecen de un modo singular á voces griegas. "Αναξ (*anax*) y ἔκτωρ (*ektor*) significan poco más ó ménos la misma cosa, y son igualmente nombres de reyes. En efecto; de lo que un hombre es ἀναξ (jefe) seguramente es igualmente ἔκτωρ (poseedor); porque dispone á su voluntad, es dueño de ello; lo posee, ἔχει (*ejei*). ¿Pero quizá crees, que no digo cosa que merezca la pena, y que es una ilusion mia el creer haber encontrado algun rastro de la opinion de Homero acerca de la propiedad de los nombres?

HERMÓGENES.

¡Por Júpiter! No hay nada de eso; y á mi parecer estás en buen camino.

(1) *Iliada*, 22, 507.

(2) Astianax, jefe de la ciudad de ἄστου (*astu*) ἀναξ (*anax*) jefe.

SÓCRATES.

Verdaderamente es exacto, si no me engaño, llamar leon á la descendencia del leon, y caballo á la del caballo. No hablo de los monstruos; como sucederia si de un caballo naciese otra cosa que un caballo; sino que hablo de la descendencia natural de cada raza. Si un caballo produjese contra naturaleza la descendencia natural de un buey, se llamaria á ésta, no potro, sino becerro. Lo mismo sucede con el hombre: es preciso, que su descendencia sea la de un hombre, y no la de ninguna otra especie, para merecer el nombre de hombre. Lo mismo sucede con los árboles y con todo lo demás. ¿No es esta tu opinion?

HERMÓGENES.

Sí, lo es.

SÓCRATES.

Bien dicho. Ten cuidado, sin embargo, no sea que te sorprenda. El mismo razonamiento prueba, que el vástago de un rey debe de ser llamado rey. Por lo demás, que una cosa sea expresada por tales ó cuales sílabas, poco importa; ni tampoco que se añada ó se quite una letra. Basta que la esencia de la cosa domine en el nombre, y que se manifieste en él.

HERMÓGENES.

¿Qué quieres decir con eso?

SÓCRATES.

Una cosa muy sencilla. Sabes que designamos las letras por los nombres, y no por sí mismas; excepto cuatro ϵ , υ , \omicron , ω . En cuanto á las demás, vocales ó consonantes, sabes que añadimos á ellas otras letras, para formar sus nombres; y si hacemos predominar en cada nombre la letra que designa, se le puede llamar con razon el nombre propio de esta letra. Por ejemplo, la $B\eta\tau\alpha$ (*beta*), ya ves que la adición de la η y de la τ y de la α , no impide que la palabra entera exprese claramente la letra, que

el legislador ha querido designar. Hasta este punto ha sobresalido en el arte de nombrar las letras.

HERMÓGENES.

Me parece que dices verdad.

SÓCRATES.

¿Y no deberemos razonar del mismo modo respecto al rey? De un rey nacerá un rey; de un hombre bueno, un hombre bueno; de un hombre hermoso, un hombre hermoso; y así de lo demás. De cada raza nacerá un sér de la misma raza, salvos los monstruos; y por la tanto será preciso emplear los mismos nombres (1). Pero como es posible variar las sílabas, puede suceder que el ignorante tome, como diferentes, nombres semejantes. Así como medicamentos distintos por el color ó por el olor, nos parecen diferentes, aunque sean semejantes; mientras que el médico, que sólo considera la virtud de estos medicamentos, los juzga semejantes, sin dejarse engañar por circunstancias accesorias. Lo mismo sucede al que posee la ciencia de los nombres; considera su virtud y no se turba, porque se añada, ó se quite, ó se trasponga alguna letra; y aunque se exprese la virtud del nombre por letras completamente diferentes. Por ejemplo; los dos nombres de que hemos hablado ántes, *Astianax* y *Hector* no tienen ninguna letra comun, y sin embargo, significan la misma cosa. ¿Y qué relacion hay en cuanto á las letras, entre estos nombres y el de *Arquópolis* (jefe de la ciudad)? Y sin embargo, tiene el mismo sentido. ¡Cuántos nombres no hay que significan igualmente un rey; cuántos que significan un general como *Agis* (jefe), *Polemarco* (jefe de guerra), *Eupolemo* (buen guerrero); otros designan un médico *Iatrocles* (médico célebre), *Acesimbrote* (curandero de hombres). Otros muchos podríamos nombrar, que, con sílabas y letras diferentes,

(1) Para designar el que es causa del nacimiento y el que nace.

expresan por su virtud la misma cosa. ¿Eres tú de esta opinion?

HERMÓGENES.

Lo soy completamente.

SÓCRATES.

Los séres que nacen segun la naturaleza (1) deben ser llamados con los mismos nombres (2).

HERMÓGENES.

Sin duda alguna.

SÓCRATES.

Pero si nace algun sér contra naturaleza, que pertenece á la especie de los monstruos; si de un hombre bueno y piadoso nace un impío, como en el caso precedente, en el que un caballo produce lo propio de un buey; ¿no es cierto que será indispensable darle el nombre, no del que le ha engendrado, sino del género á que pertenece?

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Luego si de un hombre piadoso nace un impío, será preciso darle el nombre de su género.

HERMÓGENES.

Evidentemente.

SÓCRATES.

No se le llamará ni *Teófilo* (amigo de Dios), ni *Mnesiteo* (que se acuerda de Dios), ni ninguna otra cosa análoga; sino que se le dará un nombre, que signifique todo lo contrario, si se ha de atender á la propiedad de los términos.

HERMÓGENES.

Nada más cierto, Sócrates.

(1) Es decir, que no son monstruos, sino que se parecen á sus progenitores. Es un resumen de lo que precede.

(2) Que aquellos de quienes proceden.

SÓCRATES.

Así, Orestes, mi querido Hermógenes, me parece una palabra bien aplicada, ya sea la casualidad, ó ya sea algun poeta el autor de ella; porque expresa el carácter bravío y salvaje de este personaje, y todo lo que tiene de *montaraz*, ὄρεινόν (*oreinon*).

HERMÓGENES.

Así me lo parece, Sócrates.

SÓCRATES.

El nombre que se dió á su padre, es tambien perfectamente natural.

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

En efecto, Agamemnon tiene el aire de un hombre duro para el trabajo y la fatiga, una vez resuelto á ello, y capaz de llevar á cabo sus proyectos á fuerza de virtud. La prueba de esta indomable firmeza está en su larga estancia delante de Troya, á la cabeza de tan numeroso ejército. Era un hombre *admirable por su perseverancia*, ἀγαστός κατά τήν ἐπιμονήν (*agastos kata teen epimoneen*); hé aquí lo que expresa el nombre de *Agamemnon*. Quizá el nombre de Atreo no es ménos exacto. La muerte de Crisipo (1), y su crueldad con Tiestes, son cosas funestas y *ultrajantes para la virtud*, ἀτηρά προς ἀρετήν (*ateera pros areteen*). Este nombre, sin embargo, tiene un sentido un poco inverso y como oculto, lo que hace que no descubre á todo el mundo el carácter del personaje; pero los que saben interpretar los nombres, conocen bien lo que quiere decir Atreo. En efecto; ya se le haga derivar de ἀτειρές (*ateires*, inflexible), ó de ἀτρεστον (*atreston*, intrépido), ó de ἀτερόν (*ateron*, ultrajante), en todo caso este nombre es perfectamente propio. El nombre dado á Pélope me parece tam-

(1) Era el hijo mayor de Pélope.

bien lleno de exactitud; expresa, en efecto, que un hombre, *que no ve más que lo que está cerca de él*, merece que se le llame así.

HERMÓGENES.

¿Cómo es eso?

SÓCRATES.

De esta manera. Cuéntase que este hombre, cuando hizo perecer á Mirtilo (1), no pensó en el porvenir, ni previó el cúmulo de desgracias que preparaba á su posteridad. Sólo *vió lo más próximo*, τὸ ἐγγύς (*to eggus*), *lo presente*, τὸ παραχρημα (*to parajreema*), lo que se expresa por el término πέλας (*pelas*) (y de aquí Pélope), y puso cuanto estaba de su parte para llegar á ser esposo de Hipodamia. Con respecto á Tántalo, ¿quién no tendrá por justo y natural este nombre, si es cierto lo que se cuenta de este personaje?

HERMÓGENES.

¿Y qué se cuenta?

SÓCRATES.

Por lo pronto, durante su vida tuvo que soportar primero las más terribles desgracias, y más tarde la ruina de su patria. Despues de su muerte sufre en los infiernos el suplicio de la roca *suspendida* (ταλαντεία, *talanteia*) sobre su cabeza, que tenia una singular conformidad con su nombre. No es inverosímil que la casualidad de la tradicion le haya dado este nombre, á la manera de una persona que, queriendo llamarle *muuy desgraciado* (ταλάντατον, *talantaton*), hubiese disimulado un poco, y le hubiese llamado Tántalo. El nombre de su padre, Θεός (*Zeus*, Júpiter), me parece admirablemente escogido; pero no es fácil penetrar su sentido. El nombre de Júpiter encierra él sólo todo un discurso. Le hemos dividido en dos partes, de que indistintamente hacemos uso, di-

(1) Cochero de Pelope.

ciendo tan pronto *θηνα* (*zeena*), como *Δια* (*dia*); reunidos estos dos términos, expresan la naturaleza del dios; y tal debe ser, como hemos dicho, la virtud del nombre. En efecto; para nosotros y para todos los seres que existen, no hay otra verdadera causa de la vida, τοῦ ζῆν (*tau dseen*), que el Señor y Rey del Universo. No podía darse á este Dios un nombre más exacto, que el de *aquél por el que viven*, δι ὧν ζῆν (*di on dseen*), todos los seres vivos; pero, como dije ántes, este nombre único ha sido dividido en dos diferentes. Que Júpiter sea el hijo de Κρόνος (*kronos*, Saturno), parecerá al pronto una cosa impropia (1), pero es muy racional pensar que Júpiter desciende de alguna inteligencia superior. Ahora bien; la palabra κόρος (*koros*), significa, no hijo, sino lo que hay de *puro y sin mezcla en la inteligencia*, νόος (*noos*), Pero Saturno mismo es hijo de Οὐρανός (*ouranos*, el cielo), según la tradición; y la contemplación de las cosas de lo alto, se la llama con razón οὐρανία, ὁρῶσα τὰ ἄνω (*ourania, orosa ta anoo*; es decir, *que contempla las cosas desde lo alto*). De aquí procede, mi querido Hermógenes, según dicen los que son entendidos en las cosas celestes, el espíritu puro; y por esto el nombre de Οὐρανός (*ouranos*), le ha sido dado con mucha propiedad. Si recordase la genealogía de Hesiodo, y los antepasados de los dioses que acabo de citar, no me cansaría de hacer ver que sus nombres son perfectamente propios; y seguiría hasta hacer la prueba del punto á que podría llegar esta sabiduría, que me ha venido de repente, sin saber por donde, y que no sé si debo darla ó no por concluida.

HERMÓGENES.

Verdaderamente, Sócrates, se me figura que pronuncias oráculos á manera de los inspirados.

(1) La palabra griega κρόνος (*kronos*), significa también un viejo que chochea.

SÓCRATES.

Creo con razon, mi querido Hermógenes, que semejante virtud me ha venido de la boca de Eutifron de Prospalte (1). Desde esta mañana no le he abandonado pres-tándole un oido atento; y es muy posible que, en su entusiasmo, no se haya contentado con llenar mis oidos con su divina sabiduría, y que se haya apoderado tambien de mi espíritu. Hé aquí, á mi parecer, el mejor partido que debemos tomar. Usemos de esta sabiduría por hoy, y prosigamos hasta el fin nuestro exámen sobre los nombres. Mañana, si en ello convenimos, procederemos á las ex-piaciones, y nos purificaremos, si encontramos alguno que nos ayude, sea sacerdote ó sofista.

HERMÓGENES.

Apruebo vuestra proposicion, y con mucho gusto oiré lo que falta por decir sobre los nombres.

SÓCRATES.

Á la obra, pues. ¿Pero por dónde quieres que comencemos nuestra indagacion, ya que hemos adoptado un cierto método para saber si los nombres prueban por sí mismos, que no son producto de la casualidad, sino que tienen alguna propiedad natural? Los nombres de los héroes y de los hombres podrian inducirnos á error. Muchos, en efecto, son tomados de sus antepasados, y ninguna relacion tienen con los que los reciben, como dijimos ya al principio; y otros son la expresion de un voto, por ejemplo, Eutiquides (afortunado), Sócia (salvado), Teófilo (amado de los dioses), y muchos más. Creo que debe dejarse aparte esta clase de nombres. Es muy probable que los verdaderamente propios se encuentran entre los que se refieren á las cosas eternas y al órden de la naturaleza. Porque en la formacion de estos nombres ha debido ponerse mayor cuidado; y no es imposible que algunos hayan

(1) Prospalte era un distrito de Atica.

sido formados por un poder, más divino que el de los hombres.

HERMÓGENES.

No es posible hablar mejor, Sócrates.

SÓCRATES.

¿No es oportuno comenzar por los dioses, é indagar por qué razon se les ha podido dar con propiedad el nombre de θεοί (*zeoi*)?

HERMÓGENES.

Muy bien.

SÓCRATES.

Hé aquí lo que sospecho. Los primeros hombres, que habitaron la Grecia, no reconocieron, á mi parecer, otros dioses que los que hoy día admiten la mayor parte de los bárbaros, que son el sol, la luna, la tierra, los astros y el cielo. Como los veían en un movimiento continuo, y siempre *corriendo*, θεόντα (*zeonta*), á causa de esta propiedad de *correr* (θεῖν, *zein*), los llamaron θεοί (*zeoi*). Con el tiempo las nuevas divinidades que concibieron, fueron designadas con el mismo nombre. ¿Te parece que esto que digo se aproxima á la verdad?

HERMÓGENES.

Me parece que sí.

SÓCRATES.

¿Qué deberemos examinar ahora? Evidentemente los demonios, los héroes y los hombres.

HERMÓGENES.

Veamos los demonios.

SÓCRATES.

Verdaderamente, Hermógenes, ¿qué puede significar este nombre, los demonios? Mira si lo que pienso te parece acertado.

HERMÓGENES.

Habla.

SÓCRATES.

¿Sabes á quiénes llama Hesiodo demonios?

HERMÓGENES.

No me acuerdo.

SÓCRATES.

¿Tampoco te acuerdas que dice que la primer raza de hombres era de oro?

HERMÓGENES.

De eso sí me acuerdo.

SÓCRATES.

El poeta se explica de esta manera (1):

Desde que la Parca ha extinguido esta raza de hombres,
Se los llama demonios, habitantes sagrados de la tierra,
Bienhechores, tutores y guardianes de los hombres mortales.

HERMÓGENES.

Y bien; ¿qué significa eso?

SÓCRATES.

¿Qué? Que no creo que Hesiodo quiera decir que la raza de oro estuviese formada con oro, sino que era buena y excelente; y lo prueba que á nosotros nos llama raza de hierro.

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

¿Crees que si entre los hombres de hoy se encontrase uno bueno, Hesiodo le colocaria en la raza de oro?

HERMÓGENES.

Probablemente.

SÓCRATES.

Y los buenos, ¿son otra cosa que los sabios?

HERMÓGENES.

Son los sabios.

SÓCRATES.

Esto basta, en mi juicio, para dar razon del nombre

(1) Hesiodo, *Los trabajos y los dias*, 220 y 222.

de demonios. Si Hesiodo los llamó demonios, fué porque eran sabios y hábiles, δαίμονες (*daeemonēs*), palabra que pertenece á nuestra antigua lengua. Lo mismo Hesiodo que todos los demás poetas tienen mucha razón para decir que, en el instante de la muerte, el hombre, verdaderamente bueno, alcanza un alto y glorioso destino, y recibiendo su nombre de su sabiduría, se convierte en demonio. Y yo afirmo á mi vez que todo el que es δαίμων (*daeemon*), es decir, hombre de bien, es verdaderamente demonio durante su vida y después de la muerte, y que este nombre le conviene propiamente.

HERMÓGENES.

No puedo ménos de alabar lo que dices, Sócrates. Pero ¿qué son los héroes?

SÓCRATES.

No es punto difícil de comprender. Esta palabra se ha modificado muy poco; y demuestra que los héroes toman su origen del *amor*, ἔρωσ (*eros*).

HERMÓGENES.

¿Qué quieres decir con eso?

SÓCRATES.

¿No sabes que los héroes son semidioses?

HERMÓGENES.

¿Y qué?

SÓCRATES.

Es decir, que todos proceden del amor, ya de un dios con una mortal, ya de un mortal con una diosa. Si quieres que me refiera á la antigua lengua ática, entónces me entenderás mejor. Verás que el nombre de amor, al que deben los héroes su nacimiento, se ha modificado muy poco. Hé aquí cómo es preciso explicar los héroes; ó sino hay que decir que eran sabios y oradores, versados en la dialéctica, y particularmente hábiles para interrogar, ἐρωτᾶν (*erootan*); porque εἰπεῖν, (*eirein*) significa hablar. Como decíamos, resulta que en la lengua ática son

oradores ó *disputadores*, ἐρωτητικοί (*erooteetikoi*); y la familia de los oradores y de los sofistas es nada ménos que la raza de los héroes. Esto es fácil de concebir. Pero es más difícil saber por qué á los hombres se les llama ἄνθρωποι (*anzroopoi*). ¿Puedes tú explicarlo?

HERMÓGENES.

¿Cómo podría hacerlo, mi querido Sócrates? Aunque fuese capaz de dar esta explicacion, no lo haria; porque estoy persuadido de que tú la encontrarás mejor que yo.

SÓCRATES.

Está visto, á lo que veo, que tienes fe en la inspiracion de Eutifron.

HERMÓGENES.

Completamente.

SÓCRATES.

Es una fe fundada. Creo, en efecto, tener en el espíritu una idea buena; y corro el riesgo, si no estoy en guardia, de encontrarme hoy más sabio aún de lo que es menester. Escucha lo que voy á decir. Por de pronto, es preciso hacer una observacion con motivo de los nombres. Muchas veces, cuando queremos nombrar una cosa, añadimos letras á los nombres, ó las quitamos, ó mudamos el lugar de los acentos. Por ejemplo: Δι φίλος (*di, filos*, querido de Júpiter). Para formar un nombre de esta locucion hemos quitado la segunda ι, y la sílaba del medio, que tenia el acento, la hemos hecho grave, Διφιλος (*di, filos*). Otras veces, por el contrario, añadimos letras, y sobre una sílaba grave colocamos el acento agudo.

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

De una de estas modificaciones es de donde ha salido el nombre de los hombres, si yo no me engaño. Se ha formado un nombre de una locucion, de la que se ha suprimido una letra, una ι, y hecho grave la sílaba final.

HERMÓGENES.

¿Qué quieres decir con eso?

SÓCRATES.

Lo siguiente. Este nombre ἀνθρωπος (*anzroopos*), significa que los demás animales ven las cosas sin examinarlas ni dar razón de ellas, ni *contemplarlas*, ἀναβητ (*anazrei*); mientras que cuando el hombre *ha visto* una cosa, ἐώρακε (*eorake*), lo que expresa igualmente la palabra δῶπτε (*opoope*), la *contempla* y se da razón de ella. El hombre es el único, entre los animales, á quien puede llamarse con propiedad ἀνθρωπος (*anzroopos*), es decir, contemplador de lo que ha visto. ἀναβῶν ἃ δῶπτεν (*anazroon a opoope*).

HERMÓGENES.

Y bien, ¿quieres ahora que yo te pregunte acerca de los nombres que quisiera conocer?

SÓCRATES.

Con mucho gusto.

HERMÓGENES.

Hé aquí una cosa, que parece resultado de lo que acaba de decirse. Hay, en efecto, en el hombre lo que llamamos alma, ψυχή (*psujee*), y el cuerpo, σῶμα (*sooma*).

SÓCRATES.

Sin duda.

HERMÓGENES.

Tratemos de explicar estas palabras, como hemos hecho con las demás.

SÓCRATES.

¿Quieres que examinemos cómo el alma ha merecido que se la llame ψυχή, y que en seguida veamos lo relativo al cuerpo?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

A juzgar por lo que á primera vista me parece, hé

aquí cuál pudo ser el pensamiento de los que han creado el nombre de alma ψυχῆ (*psujee*). Mientras el alma habita en el cuerpo, es causa de la vida de éste; es el principio que le da la facultad de respirar, y que le *refresca*, ἀναψύχον (*anapsujon*); y tan pronto como este principio *refrigerante* le abandona, el cuerpo se destruye y muere. Hé aquí, en mi opinion, porque ellos lo han llamado ψυχῆ (*psujee*). Pero aguarda un poco. Me parece entrever una explicacion, que habrá de parecer más aceptable á los amigos de Eutifron. Con respecto á la que acabo de dar, temo que la desprecien y la juzguen demasiado grosera. Mira ahora si ésta será de tu gusto.

HERMÓGENES.

Habla.

SÓCRATES.

¿Qué es lo que á tu parecer *mantiene la naturaleza* de nuestro cuerpo, y le *transporta* hasta el punto de hacerle vivir y andar? ¿No es el alma?

HERMÓGENES.

Es el alma.

SÓCRATES.

Y qué; ¿crees, con Anaxágoras, que la naturaleza en general está gobernada y sostenida por una inteligencia y un alma?

HERMÓGENES.

Así lo pienso.

SÓCRATES.

No se podia dar á este poder, que *transporta y mantiene la naturaleza*, (φύσιν ἔχει καὶ ἔχει, *fusin ojei kai ejei*); otro nombre mejor que ψυσεχῆ (*fuseje*). Y bien puede decirse con más elegancia ψυχῆ (*psujee*).

HERMÓGENES.

Perfectamente; esta nueva interpretacion me parece más ingeniosa que la otra.

SÓCRATES.

Lo es en verdad; pero la palabra, tal como ha sido formada al principio, parece ridícula.

HERMÓGENES.

Ahora, ¿cómo explicaremos la palabra que sigue?

SÓCRATES.

¿La palabra *σομα* (*sooma*)?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Puede hacerse de muchas maneras; ya modificándola un tanto, ya tomándola como es. Algunos dicen, que el cuerpo es la *tumba*, *σημα* (*seema*) del alma, y que está allí como sepultada durante esta vida. Se dice también, que por medio del cuerpo, el alma *expresa* todo lo que *expresa*, *σημαίνει ἢ ἄν σημαίνει* (*seemainei a an seemainee*); y que á causa de esto, se le llama justamente, *σημα* (*seema*). Pero, si no me engaño, los partidarios de Orfeo aplican esta palabra á la expiación de las faltas que el alma ha cometido. Ella está encerrada en el recinto del cuerpo, como en una prision, en que está guardada, *σώζεται* (*soodseetai*). El cuerpo, como lo indica la palabra, es para el alma, hasta que ésta ha pagado su deuda, el guardador, *σομα* (*sooma*), sin que haya necesidad de alterar una letra.

HERMÓGENES.

Estos puntos están suficientemente aclarados. Pero respecto de los nombres de los dioses, ¿no podríamos, como hicimos ántes con el de Júpiter, examinar en igual forma, cuál puede ser su propiedad?

SÓCRATES.

¡Por Júpiter! mi querido Hermógenes; la mejor manera de examinar, si fuéramos prudentes, sería confesar que nosotros nada sabemos, ni de la naturaleza de los dioses, ni de los nombres con que se llaman á sí mismos; nom-

bres que, sin dudar, son la exacta expresion de la verdad. Despues de esta confesion, el partido más razonable es llamar á los dioses, como la ley quiere que se les llame en las preces, y darles nombres que les sean agradables, reconociendo que nada más sabemos. En mi opinion, esto es lo más sensato que podemos hacer. Entreguémonos, pues, si quieres, al exámen en cuestion; pero comenzando por protestar ante los dioses, que no indagaremos su naturaleza, para lo cual nos reconocemos incapaces; y que sólo nos ocuparemos de la opinion que los hombres han formado de los dioses, y en cuya virtud les han dado esos nombres. En esta indagacion nada hay que pueda provocar su cólera.

HERMÓGENES.

No puede hablarse con más cordura, Sócrates; hágamoslo así.

SÓCRATES.

¿Comenzaremos por Ἑστία (*Estia*, Vesta), segun es de ley (1)?

HERMÓGENES.

Es justo.

SÓCRATES.

¿Cuál podia ser el pensamiento del que la nombró Ἑστία (*Estia*)?

HERMÓGENES.

¡Por Júpiter! no es fácil adivinarlo.

SÓCRATES.

Me parece, mi querido Hermógenes, que los primeros que instituyeron los nombres, no eran espíritus despreciables, sino ántes bien espíritus sublimes y de una gran penetracion.

HERMÓGENES.

¿Por qué?

(1) La ley de los sacrificios, segun la que Vesta era invocada ántes que los demás dioses.

SÓCRATES.

Porque la institucion de los nombres sólo puede ser obra de hombres de recta condicion. Que se tome cualquiera el trabajo de considerar tambien los nombres extranjeros (1), y verá que no hay nada de que no pueda darse explicacion. Así, lo que llamamos nosotros οὐσία (*ousia*), otros lo llaman εἶσα (*esia*), y otros ὄσια (*oosia*). Por el pronto, se ha podido muy bien, en vista del segundo de estos términos, llamar la *esencia* de las cosas ἐστια (*estia*); y si designamos por ἐστια todo lo que tiene esencia, se sigue, que ἐστια (*Vesta*) es nombrada con propiedad; porque resulta, que nosotros igualmente hemos dicho en otro tiempo εἶσα (*esia*), por οὐσία (*ousia*). Además, si nos fijamos en las ceremonias de los sacrificios, no se dudará que tal ha debido ser el pensamiento de los inventores de este nombre. En efecto, era natural que ἐστια fuese invocada ántes que todos los dioses en los sacrificios, por los que la habian nombrado la *esencia* de las cosas. En cuanto á los que dicen ὄσια (por οὐσία), quizá han creido con Heráclito, que todo pasa, que nada subsiste; y siendo el principio que pone las cosas en movimiento, el principio de *impulsion*, τὸ ὄθον (to *oouzoun*), la causa de este flujo perpétuo, han debido creer oportuno llamarla ὄσια (*oosia*). Mas para gentes que nada entienden, es bastante lo dicho sobre este punto. Despues de ἐστια conviene examinar Πέα y Κρόνος (*Rea* y *Kronos*), si bien ya hemos dado explicaciones sobre el nombre de este último. Pero quizá valga bien poco lo que voy á decir.

HERMÓGENES.

¿Por qué, Sócrates?

SÓCRATES.

Mi querido amigo, tengo en el espíritu todo un enjambre de sábias explicaciones.

(1) No se trata de nombres extraños á la lengua griega, sino sólo del dialecto ático, como lo prueba lo que sigue.

HERMÓGENES.

¿Qué explicaciones?

SÓCRATES.

Parecerán sin duda ridículas; sin embargo, no dejan de ser verosímiles.

HERMÓGENES.

Veamos.

SÓCRATES.

Creo observar que Heráclito ha expresado con sagacidad ideas muy antiguas que verdaderamente se refieren á Κρόνος y á Πέα, y que Homero habia expresado ya.

HERMÓGENES.

¿Qué quieres decir con eso?

SÓCRATES.

Heráclito dice que todo pasa; que nada permanece; y comparando las cosas con el curso de un rio, dice que no puede entrarse dos veces en un mismo rio.

HERMÓGENES.

Es exacto.

SÓCRATES.

Y bien; ¿te parece que difiere de la opinion de Heráclito, el que ha dado por antepasados á los demás dioses, Πέα y Κρόνος? (1) ¿Crees que ha sido una casualidad el haber dado á estas dos divinidades los nombres de *corredores*? No dice Homero á su vez (2):

El Océano padre de los dioses y su madre Tethis?

Hesiodo me parece hablar en el mismo sentido. En fin, Orfeo en cierto pasaje se expresa de esta manera (3):

El Océano con su flujo y reflujó majestuoso se une el primero por el himeneo con su hermana Tetis, nacida de la misma madre.

(1) Πέα de πέω, correr, fluir; κρόνος de κρούω, fuente. Platon ha explicado ántes esta última palabra de otro modo.

(2) *Iliada*, 14, 102.

(3) Hermann. *Orfíca*, p. 473.

Mira como todas estas citas concuerdan y se amoldan á la doctrina de Heráclito.

HERMÓGENES.

Se me figura que tienes razon, Sócrates; pero el nombre de Tetis no veo lo que quiere decir.

SÓCRATES.

Pues se explica casi por sí mismo. No es más que el nombre de *manantial* un poco disimulado. Porque las palabras διαττώμενον (*diattoomenon*, lo que salta) y ἠθούμενον (*eezoumenon*, lo que corre) nos dan la idea de un manantial. Pues bien, de la combinacion de estas dos palabras se ha formada la de Τηθός (*Texus*, Tethis).

HERMÓGENES.

Hé aquí, Sócrates, una preciosa explicacion.

SÓCRATES.

¿Por qué no? ¿A quién pasaremos ahora? De Júpiter ya hemos hablado.

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Hablemos entonces de sus hermanos Ποσειδῶν (*Poseidoon* Neptuno) y Pluton, y tambien del segundo nombre con que éste es conocido.

HERMÓGENES.

Conforme.

SÓCRATES.

Creo que al inventor de la palabra Ποσειδῶν (*Poseidoon*) se le ocurrió por la siguiente circunstancia. Segun caminaba, la mar detuvo sus pasos, y no le permitió pasar adelante, siendo para él como una *cadena* puesta á sus *piés*: llamó al dios que preside á este poder Ποσειδῶν (*Poseidoon*), es decir, que es una cadena para los piés, ποσίδεσμος ὤν (*posidesmos oon*); y se habrá añadido εἰ por pura elegancia. Ó quizá, en lugar de la σ habia primitivamente dos λ, y significaba entonces el dios *que lo sabe todo*, πολλά εἰδώς

(*polla eidoos*). Quizá tambien de la accion de conmovier la tierra se le ha llamado *el que conmueve*, ὁ σειῶν (*ó seíoon*); y se habrá añadido una π y una δ. En cuanto á Pluton, su nombre procede, de que es el que da la *riqueza*, πλοῦτος (*ploutos*), porque ella sale del seno de la tierra. El otro nombre de este dios Ἄιδης (*Aidees*), segun opinion de la mayor parte de los hombres, expresa lo *invisible*, τὸ ἀειδές (*to aeides*), y como este nombre inspira terror, prefieren llamarle Pluton.

HERMÓGENES.

¿Pero qué te parece á tí, Sócrates?

SÓCRATES.

Creo que los hombres se engañan de muchas maneras respecto del poder de este dios, y que no hay fundamento para temerle tanto. El motivo de este temor es que, una vez muerto el hombre, baja á sus estancias, sin esperanza de volver; así es como el alma, abandonando el cuerpo, se traslada cerca de este dios. Yo creo que hay una maravillosa concordancia entre el poder de este dios y su nombre.

HERMÓGENES.

¿Cómo?

SÓCRATES.

Voy á decirte lo que pienso. Respóndeme: ¿cuál es el lazo más fuerte, para retener en un punto á un animal cualquiera? ¿Es la necesidad ó el deseo?

HERMÓGENES.

Sin duda. Sócrates, es el deseo.

SÓCRATES.

¿No crees que muchos huirian del Ἄιδης, (*Aidees*) si el dios no retuviera, con el lazo más fuerte, á los que han bajado á su morada?

HERMÓGENES.

Sin duda alguna.

SÓCRATES.

Por el deseo los encadena; puesto que los encadena por el lazo más fuerte, y no por la necesidad.

HERMÓGENES.

Me parece bien.

SÓCRATES.

Pero ¿no hay muchas clases de deseos?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero es mediante el deseo, más poderoso de todos, por el que dios los encadena, puesto que debe retenerlos con el lazo más poderoso.

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y hay un deseo más poderoso que el del hombre, que entra en relacion con otro hombre con la esperanza de hacerse mejor?

HERMÓGENES.

¡Por Júpiter! no le hay, Sócrates.

SÓCRATES.

Concluyamos de todo esto, que ninguno de los que han partido de este mundo, aspira á volver á él; ni aun las sirenas, sino que están como encantadas, lo mismo que todos los demás. Tan magníficos son los discursos que "Αἰδώς (*Aídees*) les dirige! Este dios, como se ve, es un sofista consumado, así como es un gran bienhechor para los que están cerca de él; puesto que hasta á los habitantes de la tierra envia tambien magníficos tesoros. Es preciso, pues, que allá abajo posea riquezas en abundancia: y hé aquí de donde le viene el nombre de Pluton. Por otra parte, rehusando la sociedad de los hombres, entorpecidos con sus cuerpos, y entrando en comercio con aquellos cuya alma está libre de todos los males y de to-

das las pasiones del cuerpo, ¿no te parece que Pluton se muestra como un verdadero filósofo? Comprendió bien que le sería fácil retener hombres de esta naturaleza encadenándolos mediante el deseo de la virtud, y que mientras se viesen envueltos en la estupidez y locura del cuerpo, no conseguiría mantenerlos cerca de sí, áun cuando Saturno los encadenase con los lazos que llevan su nombre.

HERMÓGENES.

Se me figura que tienes razon, Sócrates.

SÓCRATES.

Y el nombre de Ἄιδης, mi querido Hermógenes, no es probable que se dedujera de ἀειδής, (*aeidees*, tenebroso). El poder que este dios tiene de *conocer*, (εἰδέναι, *eidenai*) todo lo que es bello; es el que ha inclinado al legislador á llamarle Ἄιδεος (*Aides*).

HERMÓGENES.

Sea así. Pero qué diremos de Δημήτηρ (*Deemeeter*, Ceres). Ἥρα, (*Era*, Juno); Ἀπόλλων, (*Apol-loon*), Ἄθηνᾶ, (*Azeena*, Minerva); Ἥφαιστος, (*Efaistos*, Vulcano); Ἄρης, (*Arees*, Marte), y otros dioses?

SÓCRATES.

Δημήτηρ, (*Deemeeter*). creo se llama así á causa de los alimentos que nos *da como una madre*, διδοῦσα ὡς μήτηρ, (*didousa oos meeter*); Ἥρα es una divinidad *amable* ἐρατή τις (*eratee tis*), pues que, segun se refiere, fué amada por Júpiter. Quizá tambien preocupado con las cosas del cielo, el legislador ha querido ocultar bajo este nombre el de *aire*, αἴρ, (*aer*), descomponiéndole un poco y poniendo la letra del principio al fin; lo que se hace patente cuando se pronuncia Ἥρα muchas veces seguidas. Φερέφραττα, (*Ferrefatta*, Proserpina) es un nombre que, lo mismo que el de Apolo, inspira gran terror á la mayor parte de los hombres; y esto es, á mi parecer, porque ignoran la propiedad de los nombres. En efecto, ellos le alteran hasta

ver en este nombre el Φερσεφόνη, (*Fersefonee*) (1), que les parece temible. En realidad, ¿qué expresa? La sabiduría de esta diosa. En el movimiento que *impulsa* todas las cosas, la sabiduría consiste en poder *tocarlas, cogerlas*, seguirlas en su huida. Φερέπαφα, (*ferrepafa*), era maravillosamente propia, para designar la sabiduría; es decir, la facultad de *tocar* y de *coger* lo que marcha, ἐπαφή τοῦ φερομένου, (*epafee tou feromenou*). Y si Proserpina aparece unida al sabio Ἄϊδης, es porque ella también es sabia. Pero hoy día se altera su nombre, y prefiriendo el placer del oído á la verdad, se la llama Φερέφαττα (*ferrefatta*). Lo mismo sucede respecto á Apolo: los más temen el nombre de este dios, como si expresase alguna cosa terrible (2). ¿No lo sabes?

HERMÓGENES.

Perfectamente; es verdad lo que dices.

SÓCRATES.

Y sin embargo; en mi opinion, tal nombre tiene una maravillosa relacion con los atributos de este dios.

HERMÓGENES.

¿Cómo?

SÓCRATES.

Trataré de hacerte conocer lo que pienso. No hay nombre que mejor pueda dar á conocer, por una sola palabra, los cuatro atributos de este dios; ni que pueda más claramente expresar la música, la adivinacion, la medicina, y el arte de lanzar flechas.

HERMÓGENES.

Expícate, porque me hablas de un nombre ciertamente extraordinario.

SÓCRATES.

De un nombre lleno de armonía, como conviene á un

(1) Φέρω φονή, que trae la muerte violenta.

(2) Ἀπόλλυμι (*apol-lumi*), que hace perecer.

dios músico. Por el pronto, las evacuaciones y las purificaciones, ya de la medicina, ya de la adivinacion; las fumigaciones de azúfre en el tratamiento de las enfermedades y en las operaciones adivinatorias; y las abluciones y las aspersiones; todas estas prácticas no tienen otro objeto que el de hacer al hombre puro de cuerpo y alma. ¿No es cierto?

HERMÓGENES.

Exactamente.

SÓCRATES.

Luego el dios que purifica, que *lava*, ἀπολούων (*apoulooon*), que *liberta*, ἀπολίων (*apoulooon*) de los males del alma y del cuerpo, ¿no será Apolo?

HERMÓGENES.

Perfectamente.

SÓCRATES.

Por lo tanto, á causa de la liberacion y de la purificacion de todos estos males, que él verifica en calidad de médico, puedellamársele con razon Ἄπολούων (*Apoulooon*). Con relacion á la adivinacion, á lo *verdadero* y á lo *simple*, τὸ ἀπλοῦν (*to aploun*) que es una misma cosa, con razon se le llamaria, como le llaman con mucha exactitud los *tesalienses*; todos, en efecto, le denominan Ἀπλων (*aploon*). Hábil en el arte de lanzar flechas y de dar en el blanco, él es el que *lanza siempre* un tiro certero, αἰεὶ βάλλον (*aei bal-loon*). En cuanto al arte musical, hagamos por el pronto una observacion. Sucede muchas veces, como en ἀκόλουθος (*akolouzos*) y ἀκοιτις (*akoitis*), que la letra α tiene el mismo sentido que el adverbio ὁμοῦ (*omou*); y de esta manera la palabra en cuestion expresa el *movimiento que tiene lugar con igualdad*, τὴν ὁμοῦ πόλησιν (*teen omou poleesin*) alrededor del cielo; es decir, al rededor de los polos y con la armonía del canto, que se llama sinfonia; porque los versados en la música y en la astronomía, afirman que todas estas cosas se mueven

con la misma armonía. πολετ ἄμα (*polei ama*). Ahora bien, el dios de que hablamos preside á la armonía, *imprimiendo á la vez este doble movimiento*, ὁμοπολῶν (*omopoloon*), entre los dioses y entre los hombres. Y así como en lugar de ὁμοκέλευθος (*omokeleuzos*) y ὁμόκοιτις (*omokoitis*), hemos dicho ἀκολουθος y ἀκοιτις (*akolouzos* y *akoitís*), remplazando la ο con la α; de igual modo hemos formado Ἀπόλλων (*apollon*) de ὁμοπολῶν (*omopoloon*), y hemos intercalado una segunda λ, para evitar la semejanza con una palabra desagradable. Los que desconocen el verdadero valor de este nombre, Apolo, lo temen, como si expresara una calamidad. Pero es todo lo contrario; como acabamos de decir, se aplica perfectamente á los atributos del dios que es *simple*, ἀπλοῦς (*aplon*): que lanza tiros certeros, ἀεὶ βᾶλλοντος (*aei bal-lontos*); que preside á las purificaciones, ἀπολούοντος (*apolouontos*); y que regula el movimiento del cielo y del canto, ὁμοπολούοντος (*omopolouontos*). El nombre de las musas, y en general de la música, parece venir de μῶσαι (*moosai*), y designa la indagación y la filosofía. Λητώ (*Leetoo, Latona*), expresa la dulzura de la diosa, su buena voluntad de oír las súplicas, κατὰ τὸ ἐθελήμονα εἶναι (*kata to ezeleemona einai*). O quizá los extranjeros tienen razón cuando muchos de ellos dicen, Ληθώ (*Leezoo*). Pronunciado de esta manera, parece referirse este nombre al *character*, exento de dureza, fácil y llano, de la diosa, τὸ τοῦ ἕθους λεῖον (*to tou eezous leion*), Ἄρτεμις (*Artemis, Diana*), parece significar la *integridad*, τὸ ἀρτεμές (*to artemes*) y la *decencia*, aludiendo el amor de Diana por la virginidad. Quizá también el que ha dado nombre á la diosa, ha querido decir que *tiene la ciencia de la virtud*, ἀρετῆς ἱστορα (*aretees istora*); ó que detesta el comercio del hombre con la mujer, ἄροτον μισησάσης (*aroton miseesasees*). El autor de este nombre sin duda lo ha inventado en vista de alguna de estas razones ó de todas juntas.

HERMÓGENES.

¿Y Διόνυσος (*Dionusos*, Baco)? ¿Y Ἀφροδίτη, (*Afrodite*, Venus)?

SÓCRATES.

Cuestiones difíciles son esas, ¡oh, hijo de Hipónico! Los nombres dados á estas divinidades tienen un doble sentido; uno serio y otro pueril. Con respecto al sentido serio, pregúntaselo á otros; pero el pueril, podemos examinarlo, porque estas divinidades no son enemigas del estilo festivo. Διόνυσος (*Dionusos*) es el que da el vino ὁ δίδους τὸν οἶνον (*ó didous ton oinon*), y por burla se le ha llamado Διδούινος (*Didoinusos*). En cuanto al mismo vino, οἶνος (*oinos*), como *hace creer* á la mayor parte de los bebedores que tienen razon no teniéndola, οἴεσθαι νόον ἔχειν (*oies:ai noun ejein*), ha podido ser llamado con completa exactitud οἰόνους (*oionous*). Con respecto á Afrodite, no es posible contradecir á Hesiodo; y es preciso reconocer con él, que ha sido nombrada así, porque ha nacido de la espuma del mar, τοῦ ἀφροῦ (*ton afrou*).

HERMÓGENES.

Pero, Sócrates, tú eres un buen ateniense, y no puedes olvidar á Ἀθηνᾶ (*Azeena*, Minerva); ni pasar en silencio á Ἡφαίστος (*Efaistos*, Vulcano) y Ἄρης (*Arees*, Marte).

SÓCRATES.

No, no seria justo.

HERMÓGENES.

De ninguna manera.

SÓCRATES.

El otro nombre de la diosa deja conocer bastante lo que significa.

HERMÓGENES.

¿Qué nombre?

SÓCRATES.

Nosotros la llamamos aún Palas.

HERMÓGENES.

En efecto.

SÓCRATES.

Estáramos en lo cierto, á mi entender, creyendo que este nombre viene del *Arte de las armas*, τῆς ἐν τοῖς ὅπλοις ὀρχήσεως (*tees en tois oplois orjeeseoos*). En efecto, la accion de lanzarse uno mismo, ó de lanzar algun objeto, levantándole de la tierra y blandiéndole en las manos, la expresamos con las palabras πάλλειν y πάλλεσται (*pal-lein y pal-lestai*), ὀρχεῖν y ὀρχεσθαι (*orjein y orjeiszai*).

HERMÓGENES.

Muy bien.

SÓCRATES.

De aquí el nombre de Palas.

HERMÓGENES.

Perfectamente. Pero el otro nombre, ¿cómo le explicas?

SÓCRATES.

El de Ἀθηνᾶ (*Azeena*)?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Eso, amigo mio, es más difícil. Creo que los antiguos se han representado á Minerva de la misma manera que lo hacen nuestros hábiles intérpretes de Homero. Los más de ellos explican el pensamiento del poeta, diciendo que ha querido representar por esta diosa la inteligencia misma y la razon. El inventor de los nombres parece haber formado la misma idea, y aun más profunda; y la llamó inteligencia de Dios, θεοῦ νόησιν (*zeou noeesin*), como si se dijese á θεονόα (*a zeonoa*), reemplazando la η con la α, segun un dialecto extranjero (1), y suprimiendo á la vez la ε y la σ. Ó quizá no es esto, sino que la ha nombrado θεονόη (*zeonoe*), porque *conoce las cosas di-*

(1) El dialecto dórico.

vinas de un modo superior, τὰ θεῖα νοούσης. (*ta zeia noou- sees.*) Tambien puede ser que haya querido llamarla Ἡθονόη (*Eezonoee*), comosiendola *inteligencia*, la *razon* de las *costumbres* ἐν τῷ ἡθεὶ νόησιν (*en to eezei noeesin*). El inventor de los nombres, ó algunos de sus sucesores, han creído hablar con más elegancia, diciendo Ἀθηνᾶ (*Azeena*).

HERMÓGENES.

Y Ἡφαίστος (*Efaistos*), ¿cómo lo explicas?

SÓCRATES.

¿Quieres saber mi opinion sobre este poderoso *árbitro de la luz*, φαέος ἵστορα (*faeos istora*)?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

¿No ve todo el mundo claramente en su nombre φαίστος (*faistos*, luminoso), con una η por añadidura?

HERMÓGENES.

Quizá sea así; á ménos que tú mismo tengas otra opinion, lo cual es muy posible.

SÓCRATES.

Para que no tenga otra, pregúntame cuál es el sentido de Ἄρης (*Arees*).

HERMÓGENES.

Pues ya te lo pregunto.

SÓCRATES.

Pues bien, si quieres, Ἄρης procederá de ἄρρον (*arren*, varonil), y de ἀνδρεῖον (*andreion*, viril). O tambien, á causa de su carácter intransigente é inflexible, lo cual se expresa por ἄρρατον (*arraton*), este dios, eminentemente guerrero, será llamado con razon Ἄρης (*Arees*).

HERMÓGENES.

Conforme.

SÓCRATES.

Pero, ¡por los dioses! dejémoslos ya en paz. De ellos no puedo ménos de hablar con temor. Sobre cualquier otro

objeto interrógame lo que quieras, y verás lo que valen los corceles de Eutifron (1).

HERMÓGENES.

Haré lo que dices; pero permíteme que te haga una pregunta aún sobre Ἑρμῆς (*Ermees*, Mercurio), ya que Cratilo niega que yo sea verdaderamente Hermógenes. Examinemos el sentido de esta palabra, Ἑρμῆς, y sepamos si Cratilo tiene razón.

SÓCRATES.

Me parece que Ἑρμῆς se refiere muy particularmente al discurso. Intérprete, mensajero, raptor, seductor, orador, protector del comercio; todos estos atributos suponen el poder de la palabra. Pero, como ya dijimos, el término εἰρεῖν (*eirein*), expresa el uso de la *palabra*; y por otra parte, la palabra ἐμῆσατο (*emmesato*), empleada muchas veces por Homero, tiene el sentido de *inventar*. Por medio de estas dos cosas, la palabra y la invención de la misma, el legislador parece mostrarnos á Mercurio, y decirnos: «Oh hombres, al que ha *inventado la palabra* εἰρεῖν ἐμῆσατο (*eirein emmesato*), será justo que lo llameis Εἰρέμης (*Eiremees*)». Pero nosotros, creyendo ser más elegantes, le llamamos hoy Ἑρμῆς (*Ermees*). Iris parece también derivar su nombre de εἰρεῖν, en razón de su cualidad de mensajera.

HERMÓGENES.

¡Por Júpiter! ahora creo que Cratilo tenía razón al no querer que fuese yo Hermógenes, porque, en verdad, no soy un hábil artifice de palabras.

SÓCRATES.

¿Y Pan, mi querido amigo? Probablemente es hijo de Mercurio, y tiene una doble naturaleza.

HERMÓGENES.

¿Cómo?

(1) La *Iliada* 5, v. 221, parodiado por Platon.

SÓCRATES.

Sabes que el discurso expresa todo, πᾶν, (*pan*), y que rueda y *circula sin cesar*, πολεῖ αἰεῖ, (*polei aei*). Sabes igualmente que es de dós modos: verdadero y falso.

HERMÓGENES.

Perfectamente.

SÓCRATES.

La parte verdadera del discurso debe de ser llana. divina, colocada en lo alto entre los inmortales; la parte falsa debe estar situada acá abajo entre la multitud de los hombres, y ser de una naturaleza brutal y análoga á la de la cabra; porque en este género de vida es donde tienen su origen la mayor parte de las fábulas y de las mentiras.

HERMÓGENES.

Perfectamente.

SÓCRATES.

El que lo anuncia *todo* πᾶν, (*pan*), y que *circula sin cesar*, αἰεῖ πᾶσιν, (*aei poboou*), será llamado con exactitud πᾶν αἰπόλος, (*pan aipolos*), hijo de Mercurio, con doble naturaleza, liso y limpio en la parte superior; velludo como una cabra en la parte inferior. Por consiguiente, si Pan es hijo de Mercurio, (Ἑρμῆς, *Ermees*), es ó el discurso ó hermano del discurso; ¿y qué tiene de extraño que el hermano se parezca al hermano? Pero, como dije ántes, mi excelente amigo, dejemos en paz á los dioses.

HERMÓGENES.

Sí, Sócrates; dejemos á estos, si quieres. Pero bien podemos conversar sobre otra clase de divinidades, tales como el sol, la luna, los astros, la tierra, el éter, el aire, el fuego, el agua, las estaciones y el año.

SÓCRATES.

A fe que no es poco lo que me propones; pero, si es de tu gusto, examinémoslo.

HERMÓGENES.

Sí, y mucho.

SÓCRATES.

¿Por dónde quieres que comencemos? ¿Será por el sol, que es el primero que has nombrado?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

La palabra ἥλιος (*eelios*), se hace más clara, si se la estudia en el dialéctico dórico. Los dorios dicen ἄλιος. Αλιος podría significar que este astro, en el momento que nace, *reune* los hombres, ἀλιζειν (*alixein*); ó bien, que *gira perpétuamente*, ἀεὶ εἰλεῖν (*aei eilein*) alrededor de la tierra; ó bien, que viste de colores diversos, ποικιλλεῖ (*poikil-lei*), en su carrera, todos los productos de la tierra; porque ποικιλλεῖν, y αἰολεῖν (*poikil-lein* y *aiolein*) tienen el mismo sentido.

HERMÓGENES.

¿Y la luna σεληνη? (*seleenee*).

SÓCRATES.

Esa es una palabra que mortifica á Anaxágoras.

HERMÓGENES.

¿Por qué?

SÓCRATES.

Porque parece atestiguar la antigüedad de la doctrina, recientemente enseñada por este filósofo, de que la luna recibe la luz del sol.

HERMÓGENES.

¿Cómo?

SÓCRATES.

Las palabras σελας y φως (*selas* y *foos*) tienen el mismo sentido (luz).

HERMÓGENES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Pues bien; la luz que recibe la luna es siempre nueva y vieja, νεον και ενον αει, (*neon kai enon aei*), si los discí-

pulos de Anaxágoras dicen verdad; porque girando el sol alrededor de la luna, la envía una luz siempre nueva; mientras que la que ha recibido el mes precedente es ya vieja.

HERMÓGENES.

Conforme.

SÓCRATES.

Muchos llaman á la luna σελαναία (1) (*selanaia*).

HERMÓGENES.

Conforme.

SÓCRATES.

Y puesto que la *luz es siempre nueva y vieja*, σέλας νέον και ἔνον αἰεί (*selas neon kai enon aei*), ningun nombre puede convenirla mejor que σελαενοεοαία (*selaeoneoaeia*), de donde por abreviacion se dice: σελαναία (*selanaia*).

HERMÓGENES.

Hé aquí una palabra verdaderamente ditirámica, Sócrates. Pero qué me dices de Μείς (*meis*, meses) y de los ἀστροα (*astra*, astros)?

SÓCRATES.

Μείσ de μειοῦσθαι (*meiouszai*, disminuir) deberia decirse propiamente μείης (*meiees*). Los astros parece que toman el nombre de su *brillo*, ἀστραπή (*astrapee*); palabra que viniendo de τὰ ὄπα ἀναστρέφει (*ta opa anastrefei*, que *atrae las miradas*) deberia decirse ἀναστρωπή (*anastroopee*); pero para hacerlo más elegante se ha pronunciado ἀστραπή (*astrapee*).

HERMÓGENES.

¿Y las palabras πῦρ (*pur*, fuego) y ὕδωρ (*udoor*, agua)?

SÓCRATES.

La palabra πῦρ me pone en un aprieto. Precisamente la musa de Ehtifron me ha abandonado, ó esta cuestion es

(1) Como, por ejemplo, Eurípides Fæn. v. 178, y Aristofanes. Nub. v. 614.

de las más difíciles. Pero observa á qué expediente acudo en las indagaciones de esta clase, cuando me veo embarazado para resolverlas.

HERMÓGENES.

Veámoslo.

SÓCRATES.

Héle aquí. Respóndeme: ¿podías decirme cómo se ha formado la palabra $\pi\upsilon\rho$ (*pur*)?

HERMÓGENES.

¡Por Júpiter! no podría.

SÓCRATES.

Examina, pues, lo que yo sospecho. Creo que los griegos, sobre todo los que viven bajo la dominación de los bárbaros, han tomado de éstos gran número de nombres.

HERMÓGENES.

¿Y qué es lo que inferes de eso?

SÓCRATES.

Que si se intentase interpretar estas palabras dentro de la lengua griega, y no de aquella á que pertenecen, es irremediable tropezar con grandes dificultades.

HERMÓGENES.

Es exacto.

SÓCRATES.

Mira, por consiguiente, si esta palabra $\pi\upsilon\rho$ (*pur*) es de origen bárbaro. Es difícil hacerla derivar de la lengua griega; y los frigios emplean en verdad esta misma palabra, apenas modificada. Lo mismo sucede con las palabras $\upsilon\delta\omega\rho$ (*udoor*), $\kappa\upsilon\omega\nu$ (*kuoon*, perro) y muchas otras.

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

No hay que atormentarse por estas palabras; algun otro podrá dar razón de ellas (1). Por lo tanto, me

(1) Alguno, es decir, un hombre versado en el conocimiento de las lenguas bárbaras.

desentiendo de πῶρ y ὕδωρ. Pero el aire, mi querido Her-
mógenes, ¿no ha sido llamado ἀήρ (*aer*), porque *levanta*,
αἶρει (*airei*), lo que está sobre la tierra? ¿Ó será porque
se *escurre siempre*, ἀεὶ ῥεῖ (*aei rei*)? Ó porque el viento
nace del movimiento del aire que pasa? Los poetas, en
efecto, llaman algunas veces á los vientos ἀήται (*aetai*). Es
como si se dijese πνευματόρροον, ἀητόρροον (*pneumatorroun*,
aetorroun). Y hé aquí lo que ha hecho decir del aire, que
es ἀήρ (*aer*). La palabra éter, αἰθήρ (*aizeer*), significa, á
mi parecer, que *corre siempre, desliziándose alrededor*
del aire, ἀεὶ θεῖ περι τὸν ἀέρα ῥέων (*aei zei peri ton aera reoon*),
y sería más exacto decir αἰθετήρ (*aeizeer*). El sentido de
la palabra γῆ (*gue*, tierra) sería mucho más claro si se
pronunciase γαῖα (*gaia*). En efecto, γαῖα significaría pro-
piamente γεννητήρα (*guenneeteira*, generadora), segun la
manera con que se expresa Homero, que dice γενάσαι (*gue-
gaasi*), por γεννησθαι (*queguenneeszai*) (1). Sea así. ¿Pero
qué es lo que corresponde examinar ahora?

HERMÓGENES.

Las estaciones ὄραι (*oorai*), y el año ἐνιαυτός, ἔτος (*eniau-
tos*, *etos*).

SÓCRATES.

Es preciso pronunciar la palabra ὄραι (*oorai*) como se
hacia en otro tiempo entre los atenienses, si se quiere des-
cubrir su probable sentido. Se llaman las estaciones ὄραι,
porque *determinan*, ὀρίζειν (*oridsein*), el invierno, el estío,
la época de los vientos y de los frutos de la tierra. Lo que
se llama ὄραι, podría llamarse perfectamente ὀρίζουσαι (*ori-
dsousai*). En cuanto á ἐνιαυτός (*eniautos*) y ἔτος (*etos*), me
ha parecido que tienen trazas de formar una sola palabra;
que expresa lo que da á luz y *experimenta en sí mismo*,
ἐν αὐτῷ ἐξελθόν (*en autoo exeladon*), todas las cosas que
nacen y crecen. Y así como hemos dicho, que el nombre

(1) *Odisea*, IX, v. 118, XIII, v. 160.

de Júpiter ha sido dividido en dos, nombrándole unos Ζηνα (*Zeena*), otros Δια (*Dia*); así, los unos llaman al año ἐνιαυτός (*eniautos*) de ἐν αὐτῷ (*en autoo*), y los otros ἔτος (*etos*) de ἑτάζει (*etadsei*). La locucion completa es ἐν αὐτῷ ἐτάζον (*en autoo etadson*), y que es una y doble; lo que hace que con una sola palabra han podido formarse dos nombres, ἐνιαυτός y ἔτος (*eniautos* y *etos*).

HERMÓGENES.

En verdad, Sócrates, haces grandes progresos.

SÓCRATES.

Me parece que marchó rápidamente por la senda de la sabiduría.

HERMÓGENES.

No es posible mayor rapidez.

SÓCRATES.

Luego, ya será otra cosa.

HERMÓGENES.

Después de esta clase de palabras, gustaria examinar la propiedad de todos estos bellos nombres relativos á la virtud, como por ejemplo: φρόνησις (*froneesis*, la sabiduría), σύνεσις (*sunesis*, la comprension), δικαιοσύνη (*dikaioisunee*, la justicia) y todos los de la misma clase.

SÓCRATES.

¡Ah! amigo mio; me traes á cuento una coleccion de nombres que no es breve. Sin embargo, puesto que me he vestido con la piel de leon, no me es lícito retroceder. Por lo tanto, es preciso examinar las palabras φρόνησις, σύνεσις, γνώμη (*gnoome*, conocimiento), ἐπιστήμη (*episteemee*, ciencia) y todos esos preciosos nombres de que hablas.

HERMÓGENES.

Sí, seguramente; no podemos abandonar esta materia.

SÓCRATES.

¡Por el Can! Me parece que no adivinaba yo mal cuando imaginaba que á los hombres que en la alta antigüedad han designado los nombres de las cosas, les ha pasado lo

mismo que á la mayor parte de nuestros sabios; y que á fuerza de retorcerse en todos sentidos en sus indagaciones sobre la naturaleza de los séres, se han deslumbrado, y han creído ver todas las cosas moviéndose en torno suyo, y huyendo sin cesar. Y ¡yá que achacaran esta concepcion á su disposicion interior como á su causal; pero prefieren creer que las cosas nacen sin cesar; que no hay una que sea durable y fija; que todo pasa, y que todo está en un movimiento sin fin y en una eterna generacion. Y esta reflexion la aplico á todas las palabras de que se trata.

HERMÓGENES.

¿Cómo así, Sócrates?

SÓCRATES.

Quizá nunca te has fijado en que estas palabras suponen, que todos los séres se mueven, pasan y mudan ó cambian incesantemente?

HERMÓGENES.

No; nunca tal idea me vino al espíritu.

SÓCRATES.

Por el pronto, la primera palabra, que acabamos de citar, tiene completamente este sentido.

HERMÓGENES.

¿Cuál?

SÓCRATES.

Φρόνησις (*froneesis*); significa, en efecto, *la inteligencia de aquello que se mueve y corre*, φορᾶς καὶ ῥοῦ νόησις (*foras kai rou noesis*). O quizá podría explicarse por la *ventaja que se saca del movimiento*, φορᾶς ὄνησιν (*foras oneesin*). En todo caso, se refiere al movimiento. Si te parece, γνώμη (*gnoomee*) será el *exdmen* de la *generacion*, γονης νόμησιν (*gonees noomeesin*); porque νομᾶν ἢ σκοπεῖν (*nooman ἢ skopein*) tienen el mismo sentido: examinar. Si quieres, νόησις (*noeesis*, la inteligencia) será *el deseo de la novedad*, νέου ἕσις (*neou esis*). Por novedad de las cosas es preciso entender, que mudan sin cesar. El que ha inventado la

palabra νεόσεις (*neoesis*), ha querido decir que el alma desea este perpétuo cambio; porque en otro tiempo no se decía νόησις (*noeesis*), sino que en lugar de la η se ponian dos ε, νεόσεις. Σωφροσύνη (*soofrosunee*, la prudencia) es la *conservadora*, σωτηρία (*sooteeria*), de aquello de que acabamos de hablar, de la sabiduría, φρονήσεως (*froneeseoos*). Ἐπιστήμη (*episteeemee*, la ciencia) nos representa un alma, que de acuerdo con la razon, sigue las cosas en su movimiento, sin perderlas jamás de vista; porque ni se adelanta ni se atrasa. Es preciso, pues, eliminar la ε y nombrar la ciencia πιστήμη (*pisteeemee*, fiel). Σύνεσις (*sunesis*) pareceria formada como συλλογισμός (*sul-logismos*); pero cuando se dice συνιέναι (*sunienai*, comprender), es como si se dijese ἐπιστασθαι (*epistaszai*, saber); porque συνιέναι expresa que el alma *marcha de concierto* con las cosas. El sentido de la palabra σοφία (*sofia*, la sabiduría) es *alcanzar el movimiento*. Esto, sin embargo, es un poco más oscuro y extraño. Pero recordemos el modo de hablar de los poetas, cuando designan á alguno, que poniéndose en movimiento, avanza desde luego con rapidez; dicen, ἐσύθε (*esuze*, se lanzó). ¿No ha existido entre los lacedemonios un personaje célebre que se llamaba Σους (*Sous*)? Esta es en efecto la palabra con que los lacedemonios expresan un arranque rápido. Σοφία (*Sofia*) significa, por lo tanto, la *accion de alcanzar el movimiento*, φορᾶς ἐπαφήν (*foras epafeen*), en el flujo general de los séres. La palabra ἀγαθόν (*agazon*, el bien) conviene á lo que hay de *admirable*, τῷ ἀγαστῷ (*too agastoo*), en la naturaleza entera. Moviéndose todos los séres, los unos lo hacen con rapidez, los otros con lentitud. Todas las cosas no son rápidas, pero algunas son admirables por su rapidez; y la expresion ἀγαθόν se aplica á lo que *es admirable por su rapidez*, τοῦ θοοῦ τῷ ἀγαστῷ (*tau thoou too agastoo*). Δικαιοσύνη (*dikaiousunee*) fácilmente se ve que es el nombre dado á la *comprension de lo justo*, δικαίου συνέσει

(*dikaion sunesei*). Pero esta misma palabra *δικαιον* (*dikaion*) es difícil de entender. Sobre algunos extremos los más están de acuerdo, pero no lo están sobre otros. Los que creen que todo está en movimiento, suponen que la mayor parte del universo no hace más que pasar; pero que hay un principio que va de una parte á otra del mismo, produciendo todo lo que pasa, y en virtud del cual las cosas mudan como mudan; y que este principio es de una velocidad y de una sutileza extremas. ¿Cómo, en efecto, podría atravesar en su movimiento este universo móvil, si no fuese bastante sutil, para no verse detenido por nada, y bastante rápido, para que todo estuviese en relacion á él como en reposo? Puesto que este principio gobierna todas las cosas, *penetrándolas*, *διὰ τὸν* (*diaion*), se le ha dado con toda propiedad el nombre de *δικαιον* (*dikaion*) formado con aquella palabra y una *κ* para hacer la pronuncion más suave. Hasta aquí, como ya he dicho, todo el mundo está de acuerdo en que tal es la naturaleza de lo justo. Pero yo, querido Hermógenes, deseoso de conocerlo mejor, me he informado en secreto; y he descubierto que lo justo es tambien *la causa*; (por causa se entiende lo que da el sér á una cosa) y se me ha dicho en confianza, que de aquí procede la propiedad de la palabra *δικαιον* (*dikaion*). Pero cuando, despues de haber recibido esta respuesta, digo con dulzura, para mejor ilustrarme: si es así, decidme, por favor, qué es lo justo? entónces parecen atrevidas mis preguntas, y creen que salto, como suele decirse, la barrera. Exclaman que basta ya de preguntas, y que lo que he oido debe satisfacerme; y despues, cuando han querido contestarme, los unos me dicen una cosa, otros otra, sin que puedan ponerse de acuerdo. Este dice que lo justo es el sol. ¿No es el sol el que gobierna los séres, *penetrándolos* y *calentándolos*, *διὰ τὸντα καὶ κάοντα* (*diaionta kai kaonta*)? Me apresuro á contar á otro este descubrimiento que creo

magnífico, y se burla de mí; y me pregunta, si no hay justicia entre los hombres despues de puesto el sol. Pregunto entónces á este hombre, qué piensa de lo justo, y me contesta que es el fuego. Pero esto no es fácil concebirlo. Otro dice: no es el fuego mismo, sino el calor que reside en el fuego. Otro pone en ridiculo todas estas explicaciones; y pretende que lo justo es lo que dice Anaxágoras; á saber, la inteligencia. En su soberanía ordena todas las cosas, y sin mezclarse en ninguna, *las penetra en todos sentidos*, διὰ (πάντων) ἴοντα (*dia (pantoon) ionta*). Entónces, mi querido amigo, me encuentro en una incertidumbre mayor que la que tenia ántes de haber comenzado á hacer indagaciones sobre la justicia. Y sin embargo, aquellos con quienes hablo están muy persuadidos de que saben la verdadera explicacion de la palabra δικαίον (*dikaion*).

HERMÓGENES.

Al parecer, Sócrates, tú refieres lo que has oido decir á los demás; pero no nos dices tu propia opinion.

SÓCRATES.

¿Y no he hecho lo mismo con respecto á los otros nombres?

HERMÓGENES.

No sucedió precisamente lo mismo.

SÓCRATES.

Escúchame con atencion, porque quizá te engañes pensando que no he oido lo que voy á decirte. Despues de la justicia, ¿cuál es la palabra que debemos considerar? Me parece que aún no hemos examinado ἀνδρεία (*andreia*, el valor). Porque con respecto á la palabra ἀδικία (*adikia*, injusticia), es evidente que es el *obstáculo de aquello que penetra*, ἐμπόδισμα τοῦ διατόντος (*empodisma tou diaiontos*). Ἀνδρεία (*Andreia*) indica que el valor toma su nombre del combate. Porque el combate, si es cierto que las cosas pasan y corren, no puede ser más que una cor-

riente contraria á otra, ἐναντιαν ῥοήν (*enantian roeen*). Si se quita la *δ* de la palabra ἀνδρεία, se tendrá ἀνρεία (*anreia*, contra corriente), que expresa lo que constituye propiamente el valor. Es claro, sin embargo, que el valor no es una corriente contraria á otra cualquiera, sino á una corriente que lucha contra la justicia. De otra manera, ¿en qué concepto podria ser laudable el valor? Las palabras ἀρρεν (*arren*, varonil) y ἀνήρ (*aneer*, hombre), tienen un origen análogo, y vienen de ἀνω ῥοή (*anoo roee*, corriente de abajo á arriba). Γυνή (*gunee*, mujer), me parece querer decir *generacion*, γονή (*gonee*). Θηλυ (*zeelu*, hembra), me parece derivarse de θηλή (*zeelee*, teta). Y θηλή, querido Hermógenes, ¿no expresa lo que hace *germinar*, τέθηλέναι, (*tezeelenai*) lo que riega?

HERMÓGENES.

Es verosímil, Sócrates.

SÓCRATES.

La misma palabra θάλλειν (*zal-lein*), me parece representar el crecimiento de los jóvenes por lo rápido y repentino que es; y es lo que ha querido imitar el autor de este nombre al formarle combinando θεῖν (*zein*, correr) y ἀλλεσθαι (*al-leszai*, lanzarse). Pero ¿no observas que yo me voy á derecha é izquierda tan pronto como me encuentro en un terreno más firme? Y sin embargo, ¡cuántas y cuán importantes cuestiones nos quedan por resolver!

HERMÓGENES.

Es la verdad.

SÓCRATES.

Una de ellas consiste en averiguar lo que la palabra τέχνη (*tejnee*, arte) quiere decir.

HERMÓGENES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Pues bien; ¿no significa *un modo de ser la inteligencia*

ἔξιν νοῦ (*exin nou*)? Basta eliminar la τ é intercalar una entre la χ y la ν y otra entre la ν y la η (1).

HERMÓGENES.

Hé ahí, Sócrates, una explicacion que no tiene nada de buena.

SÓCRATES.

¡Oh, mi excelente amigo! Tú no sabes que los nombres primitivos han sido completamente desfigurados á fuerza de querer hacerlos magníficos. Se han añadido letras y se han quitado, consultando la armonía; en fin, han quedado desfiguradas las palabras en todos sentidos, ya á causa de falsos embellecimientos, ya por efecto del tiempo. Así, en la palabra κάτοπτρον (*katoptron*, espejo), ¿no se ha intercalado la ρ contra toda razon (2)? Hé aquí cómo se conducen los que no buscan la verdad, y sólo hacen caso de la pronunciacion. A fuerza de intercalar letras en las palabras primitivas, las han alterado, hasta tal punto, que nadie puede saber hoy lo que significan. Por ejemplo, ellos llaman á la esfinge, Σφιγξ (*Sfigx*), en lugar de Φξξ (*fx*). Podrian citarse otras muchas palabras que están en el mismo caso.

HERMÓGENES.

Es muy cierto, Sócrates.

SÓCRATES.

Pero, si por otra parte pudiéramos hacer en las palabras todas las supresiones y adiciones que quisiéramos, nuestra tarea seria sencilla, y podriamos acomodar toda clase de nombres á toda clase de cosas.

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Muy cierto, en efecto. Necesitamos guardar cierta me-

(1) De este modo τέχνη (*tejnee*) se convierte en ἔχονόν (*ejonon*); explicacion que no parece satisfactoria á Hermógenes.

(2) Κάτοπτρον de ἔπιτομαι, ver.

dida, y á tí te corresponde ejercer sobre mis palabras una prudente vigilancia.

HERMÓGENES.

Tendré en ello mucho gusto.

SÓCRATES.

Y yo tambien, querido Hermógenes. Sin embargo, amigo mio, no seas demasiado severo. para que mi ánimo no decaiga. Porque hé aquí que habré llegado al punto que debe coronar nuestras indagaciones precedentes, despues que haya examinado, á continuacion de la palabra τέχνη (*tejeen*), la palabra μεχική (*mejanee*, habilidad). Creo que μεχική indica la accion de *ejecutar*, ἀνειν (*anein*), con *perseverancia*; porque μήκος (*meechos*), significa *extension*. De la reunion de estos dos términos, μήκος y ἀνειν, ha sido formada la palabra μεχική. Pero, como dije ántes, es preciso llegar al coronamiento de nuestras indagaciones precedentes (1). Este es, en verdad, el momento de examinar las palabras ἀρετή (*aretee*, virtud) y κακία (*kakia*, maldad), y verlo que quieren decir. La primera de estas palabras, aún no la comprendo; pero la otra me parece perfectamente clara, y conviene perfectamente con lo que ya hemos dicho. En efecto, si todas las cosas marchan en un continuo movimiento, todo lo que *marcha mal*, κακῶς τὸν (*kakoos ion*), será nombrado con razon κακία (*kakia*). Pero cuando es en el alma donde las cosas *van mal*, entónces se aplica esta expresion con más propiedad. ¿Y qué es marchar mal? Lo sabremos examinando δειλία (*deilia*, cobardía), que hemos pasado en silencio, y que debió examinarse despues de ἀνδρεία (*andreia*, valor). Pero hemos omitido otras muchas palabras. Δειλία (*deilia*), significa un *lazo* del alma; δεσμός (*desmos*) un *lazo muy fuerte*; porque el término λίαν (*lian*, mucho) expresa la

(59) Lo que Platon va á terminar con el exámen de las dos palabras, ἀρετή y κακία, es el relativo á todas las que se refieren más ó ménos directamente á la virtud y al vicio.

idea de fuerza. La cobardía será, por lo tanto, un lazo *muy fuerte* y muy poderoso que encadena nuestra alma. Lo mismo que la cobardía, la vacilacion, ἀπόρεια (*aporía*), y en general, todo lo que pone algun obstáculo al movimiento y á la marcha, τίνασι πορεύεσθαι (*ienai poreueszai*) de las cosas, es un mal. De donde resulta que *marchar mal* significa moverse con lentitud y embarazo; y cuando es tal el estado del alma, está sumida en la maldad, κακίας (*kakias*). Si este es el sentido de κακία, la palabra ἀρετή (*aretee*), debe tener el opuesto, y expresar, por lo pronto, el *movimiento fácil*, εὐπορίαν (*euporian*); en seguida el libre curso, ῥοήν (*roeen*) de una alma buena. *Lo que marcha ó corre siempre*, ἀεὶ βέον (*aeireon*), sin coaccion y sin obstáculo; hé aquí la significacion de ἀρετή (*aretee*). Quizá valdria más decir ἀειρετή (*aeireitee*). Quizá tambien la verdadera palabra es αἰρετή (*airetee*, preferible), porque la virtud es el estado del alma *preferible entre todos*, αἰρετωτάτη (*airetoolatee*); pero mediante una contraccion, se dijo: ἀρετή (*aretee*). Pero vas á decir otra vez que invento cuanto me parece. Yo te responderé: si he determinado bien el sentido propio de κακία (*kakia*), es imposible que no haya determinado bien el sentido propio de ἀρετή (*aretee*).

HERMÓGENES.

¿Pero esta palabra κακόν, (*kakon*, mal), de que te has servido en muchas de tus explicaciones, de donde procede?

SOCRATES.

¡Por Júpiter! esa es una palabra extranjera, de que es difícil dar razon. Voy, por lo tanto, á acudir á mi famoso expediente.

HERMÓGENES.

¿Qué expediente?

SÓCRATES.

El de decir que es una palabra de origen bárbaro.

HERMÓGENES.

Y así es, según todas las apariencias. Por lo tanto, si te parece, dejemos esto, y tratemos de descubrir el verdadero valor de las palabras *καλόν*, (*kalón*, bello) y *αἰσχρόν* (*aisjron*, vergonzoso).

SÓCRATES.

Respecto de *αἰσχρόν* (*aisjron*), veo claramente su sentido. Es análogo al de las palabras precedentes. El que inventó los nombres, á mi parecer, miraba mal en general todo lo que impide y retarda el movimiento de las cosas; y por esto, á lo que *detiene siempre su curso*, *αἰεῖ ἴσχοντι τὸν ῥοῦν*, (*aei isjonti ton rouñ*) le dió este nombre, *αἰεῖσχοροῦν* (*aeisjorouñ*), y por contracción *αἰσχρόν* (*aisjron*).

HERMÓGENES.

¿Y *καλόν* (*kalon*)?

SÓCRATES.

Esta palabra es más difícil de entender; y sin embargo, se ve bien que proviene de un simple cambio en el acento y la cantidad de la sílaba *οῦ* (1).

HERMÓGENES.

¿Cómo?

SÓCRATES.

Este nombre me parece ser una especie de segundo nombre del pensamiento.

HERMÓGENES.

¿Qué quieres decir?

SÓCRATES.

Veamos cuál es, en tu opinion, la causa de que las cosas se llamen como se llaman. ¿No lo es el que ha inventado los nombres?

HERMÓGENES.

Indudablemente.

(1) Es decir, el cambio de *οῦ* en *ό*; de *καλοῦν* (*kaloun*) en *καλον* (*kalon*).

SÓCRATES.

Luego la causa es ó el pensamiento de los dioses ó el de los hombres, ó el uno y el otro.

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Luego *lo que ha llamado* las cosas por su nombre, τὸ καλεῖσθαι (*to kalesan*), y *lo bello*, τὸ καλόν (*to kalon*), son la misma cosa; esto es, el pensamiento.

HERMÓGENES.

Así parece.

SÓCRATES.

Luego todo lo que es obra de la inteligencia y del pensamiento es laudable; y lo contrario, reprehensible.

HERMÓGENES.

Perfectamente.

SÓCRATES.

Ahora bien; el arte de curar produce curaciones; y el arte de edificar, edificios. ¿No lo crees así?

HERMÓGENES.

Lo creo.

SÓCRATES.

Por consiguiente, lo bello deberá producir cosas bellas.

HERMÓGENES.

Así es preciso que suceda.

SÓCRATES.

Pero lo bello, ya lo hemos dicho, es el pensamiento.

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Luego la palabra καλόν (*kalon*) cuadra perfectamente á la **inteligencia**, que produce todas estas cosas que llamamos **bellas** y que alabamos porque lo son.

HERMÓGENES.

Pienso lo mismo.

SÓCRATES.

Entre las palabras de este órden, ¿cuáles nos quedan por examinar?

HERMÓGENES.

Las que se refieren al bien y á lo bello de que acabamos de hablar; *ξυμφέρον* (*xumferon*, lo ventajoso), *λυσιτελοῦν* (*lusiteloun*, lo provechoso), *ὠφέλιμον* (*oofelimon*, lo útil), *κερδαλέον* (*kerdaleon*, lo lucrativo), y sus contrarias.

SÓCRATES.

Encontrarás tú mismo fácilmente el sentido de *ξυμφέρον* (*xumferon*), si tienes presentes las observaciones precedentes. Hay, en efecto, próximo parentesco entre esta palabra y *ἐπιστήμη* (*epistemee*, ciencia); porque expresa el movimiento simultáneo, *ἄμα φoράν* (*ama foran*), del alma hácia los séres. Todas las cosas que se realizan bajo el imperio de este movimiento, se llaman *συμφέροντα* y *συμφορα* (*sumferonta* y *sumfora*) de la palabra *συμπεριφέρεσθαι* (*sumperifereszai*, ser arrastrado simultánea y circularmente).

HERMÓGENES.

Muy bien.

SÓCRATES.

Respecto á *κερδαλέον* (*kerdaleon*), viene de *κέρδος* (*kerdos*, ganancia); y *κέρδος*, si se reemplaza la *δ* con una *ν* muestra bastante lo que quiere decir. Es otra manera de nombrar el bien, *τὸ ἀγαθόν* (*to agazon*). Se la ha nombrado así, porque expresa la propiedad que tiene el bien de mezclarse, *κεράννυται* (*kerannutai*), en todas las cosas, penetrándolas. Se ha puesto una *δ* donde habia una *ν*, y se ha pronunciado *κέρδος* (*kerdos*).

HERMÓGENES.

¿Y *λυσιτελοῦν* (*lusiteloun*)?

SÓCRATES.

No me parece, mi querido Hermógenes, que esta palabra tenga el sentido que le atribuyen los mercaderes;

lo que libra de la deuda, ἐὰν τὸ ἀνάλωμα ἀπολύη (*ean to analooma apolyee*); sino que designa lo que hay de más rápido en la existencia; lo que no permite á las cosas detenerse, ni al movimiento llegar al fin, ni cesar un instante; lo que le libra, λύει (*luei*), siempre de todo lo que podria imponerle un fin, τέλος (*telos*), haciéndole así permanente ó inmortal. Por esta razon puede tambien llamarse al bien λυσιτελοῦν (*lusiteloun*), palabra que significa *lo que libra al movimiento de llegar á su término*, τῆς φορᾶς λύον τὸ τέλος (*tees foras luon to telos*). En cuanto á ὠφέλιμον (*oofelimon*), es una palabra extranjera de que Homero se sirve en muchos pasajes en la forma de ὀφέλλειν (*ofel-lein*); tiene el sentido de *aumentar* y de *hacer*.

HERMÓGENES.

¿Y qué diremos de las contrarias á estas palabras?

SÓCRATES.

A mi parecer, no debemos ocuparnos de las que son simplemente negativas.

HERMÓGENES.

¿Cuáles?

SÓCRATES.

Ἀξίμφορον (*axumforon*, no ventajoso), ἀνωφελές (*anoofeles*, inútil), ἀλυσιτελές (*alusiteles*, no aprovechable) y ἀκερδές (*akerdes*, no lucrativo).

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Pero nos ocuparemos de βλαβερὸν (*blaberon*, dañoso) y ζημιώδης (*dseemioodes*, funesto).

HERMÓGENES.

Perfectamente.

SÓCRATES.

Βλαβερὸν significa lo que *impide el curso de las cosas*, τὸ βλάπτον τὸν ροῦν (*to blapton ton roun*). Y βλάπτον (*blapton*), á su vez indica lo que quiere encadenar, ἐουλομενον ἄπτειν

(*boulomenon aptein*); porque ἀπτειν (*aptein*) tiene el mismo sentido que δεῖν (*dein*), y lo que pone obstáculos al movimiento, siempre es mirado como un mal por el inventor de las palabras. Había, pues, perfecta razón para dar á lo que quiere encadenar el movimiento de las cosas, (βουλόμενον ἀπτειν ῥοῦν), el nombre de βουλαπτεροῦν (*boulapteroun*), del cual se ha formado para mayor elegancia en la pronunciación, βλαβερὸν (*blaberon*).

HERMÓGENES.

Verdaderamente, Sócrates, las palabras toman extrañas formas en tus manos. He creído oírte silbar el preludio del himno á Minerva (1) cuando pronunciaste tu βουλαπτεροῦν (*boulapteroun*).

SÓCRATES.

No es á mí, querido Hermógenes, á quien debes dirigirte, sino á los que han creado esta palabra.

HERMÓGENES.

Es cierto. ¿Pero qué debemos pensar de ζημιώδες (*dseemioodes*, funesto)?

SÓCRATES.

¿Qué pensamos de ζημιώδες? Considera, querido Hermógenes, con cuánta verdad hablo, cuando digo que basta añadir ó quitar algunas letras á las palabras, para que muden de sentido completamente; y que se puede, por medio de una pequeña modificación, darlas una significación contraria á la que tenían en su origen. Esto es lo que ha sucedido con la palabra δέον (*deon*, conveniente). Recuerdo que esta palabra me ha hecho comprender lo que voy á decirte: que nuestra nueva lengua, que se cree tan bella, ha hecho expresar á δέον (*deon*), y á ζημιώδες (*dseemioodes*), lo contrario de lo que expresaban, ocul-

(1) Era un canto, dice M. Cousin, compuesto segun se cree, á imitación del silbido de las serpientes que cubrían la cabeza de la Gorgona espirante.

tando su verdadero valor; mientras que nuestra antigua lengua muestra claramente su verdadero sentido.

HERMÓGENES.

¿Cómo?

SÓCRATES.

Escucha. Sabes que nuestros mayores hacían un gran uso de la ι y de la δ , como se observa aún en las mujeres, que conservan por más tiempo el antiguo lenguaje (1). Pero hoy remplazamos la ι por la ϵ ó por la η , y y la δ por la ζ , porque encontramos en estas letras más nobleza.

HERMÓGENES.

Muéstrame algunos ejemplos.

SÓCRATES.

Pues bien; los antiguos llamaban al día, los unos $\iota\mu\acute{\epsilon}\rho\alpha$ (*imera*), los otros $\acute{\epsilon}\mu\acute{\epsilon}\rho\alpha$ (*emera*); hoy se le llama $\eta\mu\acute{\epsilon}\rho\alpha$ (*eemera*).

HERMÓGENES.

En efecto.

SÓCRATES.

¿Y no sabes que sólo la palabra antigua deja ver el pensamiento del inventor? Porque, á causa de *desear*, $\iota\mu\acute{\epsilon}\rho\omicron\upsilon\sigma\iota$ (*imeirousi*), los hombres encontrar la luz despues de las tinieblas, han llamado al día $\iota\mu\acute{\epsilon}\rho\alpha$.

HERMÓGENES.

Así parece.

SÓCRATES.

Pero hoy día, á causa de su forma magnífica, no se concibe ya lo que quiere decir la palabra $\eta\mu\acute{\epsilon}\rho\alpha$ (*eemera*). Algunos, sin embargo, suponen que ha sido nombrado así el día, porque hace los objetos más *dulces*, $\eta\mu\acute{\epsilon}\rho\alpha$.

HERMÓGENES.

Perfectamente.

(1) Véase la misma observacion: *De oratore*, III, 12.

SÓCRATES.

Ya sabes, que en lugar de ζυγόν (*dsugon*, yugo), los antiguos decían δυογόν (*duogon*).

HERMÓGENES.

Muy bien.

SÓCRATES.

Ahora bien, ζυγόν no significa nada; por el contrario, δυογόν expresa muy bien que *están unidos dos animales para conducir algo juntos*, τοῖν δυοῖν ἐνεκα τῆς δέσεως ἐς τὴν ἀγωγὴν (*toin duoïn eneka tees deseows es teen agoogeen*). Pero hoy día se dice ζυγόν, y lo mismo sucede con una multitud de palabras.

HERMÓGENES.

Es probable.

SÓCRATES.

Y hé aquí cómo la palabra δέον (*deon*), escrita también de modo análogo, viene á tener un sentido opuesto al de todas las palabras que se refieren al bien; porque siendo una de las especies de bien, parece, sin embargo, que lo *conveniente*, δέον, es el *lazo*, δεσμός (*desmos*), el obstáculo del movimiento; y por decirlo así, el hermano de lo *dañoso*.

HERMÓGENES.

En efecto, Sócrates, tal parece ser el sentido de esta palabra.

SÓCRATES.

No sucederá así, si se refiere á la antigua palabra, que, á lo que parece, debe ser mucho más exacta que la nueva. Se encontrará que está de acuerdo con todas las demás denominaciones del bien, si se remplace la ε con una ι, como se hacía en el antiguo lenguaje. En efecto, διόν (*dion*, recorriendo), y no δέον (*deon*, encadenando) expresa el bien, cuyo elogio hace. De esta manera, el inventor de las palabras se pone en contradicción consigo mismo, y δέον, ὠφέλιμον, λυσιτελοῦν, καρδαλέον, ἀγαθόν, ξυμφέρων, εὐπορον, (*deon*,

oofelimon, *lusiteloun*, *keiduleon*, *agazon*, *arumferon*, *euporon*), expresan igualmente, con nombres diferentes, la misma cosa, á saber: lo que gobierna y penetra todas las cosas, lo cual se alaba y celebra; mientras que, por el contrario, lo que retarda y encadena es siempre mal mirado. En cuanto á ζημιώδες (*dseemioodes*), si, conforme se hacia en la lengua antigua, se remplaza la ζ por la δ, aparecerá que es el nombre de *lo que encadena la marcha de las cosas*, ἐπι τῷ δοῦναι τὸ ἰόν (*epi too dounti to ion*), y que ha debido pronunciarse δημιώδες (*demiioodes*).

HERMÓGENES.

Y las palabras ἡδονή (*edonee* placer), λύπη (*lupee*, dolor), ἐπιθυμία (*epizumia*, pasion), y otras semejantes; ¿qué dices de ellas, Sócrates?

SÓCRATES.

Que no es difícil dar razon de ellas, Hermógenes. Ἡδονή (*edonee*) me parece ser el nombre de la accion que tiende *hacia el bienestar*, ἡ πρὸς ὄνησιν (*ee pros oneesin*). Añadiendo una δ, se llama ἡδονή (*edonee*), en lugar de ἡονή (*eeonee*). Δύπη (*dupee*, dolor) es el nombre dado á la *disolucion*, διάλυσις (*dialusis*), que produce en el cuerpo. Ἄνια (*ania*, tristeza) es lo que impide marchar, ἰέναι (*ienai*). Ἀλγηδών (*alqueedon*, pena) me parece ser una palabra extranjera derivada de ἀλγεῖνόν (*alqueinon*, penoso). Ὀδύνη (*odunee*) viene, yo creo, de la palabra que significa invasion, ἐνδυσίς (*endusis*), y es la invasion del dolor. Ἀχθηδών (*ajzedoon*, opresion), como es evidente para todos, es una palabra que representa la *pesadez* (1) del movimiento. Χαρά (*jara*, alegria) está formada para designar la *efusion*, διαχύσει (*diajusei*), y la facilidad del *movimiento*, ῥοής (*roees*), del alma. Τέρψις (*terpsis*, agrado) viene de τερπνόν (*terpnon*, agradable); y lo agradable se llama así, porque *se insinúa*, διὰ ἔρψεως (*dia erpseos*), en el alma, semejante á un

(1) Por consiguiente, la lentitud.

soplo, πνοή (*pnoee*). En rigor debería decirse ἔρπουν (*erp-noun*), que con el tiempo se ha convertido en τερπνόν (*terp-non*). Inútil es explicar la palabra εὐφροσύνη (*eufrosunee*, alegría), porque evidentemente significa que *el alma se mueve en armonía con las cosas*, εὐ ξυμφέρεσθαι (*eu xumfereszai*). La palabra propia sería εὐφεροσύνη (*euferosunee*); la que nosotros hemos convertido en εὐφροσύνη (*eufrosunee*). Respecto á ἐπιθυμία (*epizumia*, pasión), no hay ninguna dificultad; pues evidentemente expresa un poder que *penetra en el corazón*, ἐπὶ τὸν θυμόν ἰούση (*epi ton zumon iousee*); y θύμός (*zumos*, corazón, valor) toma su nombre del *ardor*, θύσεως (*zuseos*) y del hervidero del alma. Ἴμερος (*imeros*, deseo) se aplica á la *corriente* que arrastra el alma con mucha violencia; porque *corre precipitándose* á la realización de las cosas, ἰέμενος ῥετ (*iemeros rei*), y porque arrastra al alma en la impetuosidad de su curso. En vista, pues, de esta energía, se ha dado al deseo el nombre de ἴμερος (*imeros*). Se llama pesar, πόθος (*pozos*) para mostrar que no se refiere á nada presente, sino á un objeto *que está en otra parte y lejos de nuestro alcance*, ἄλλοθι που ὄντος καὶ ἀπόντος (*al-loxi pou ontos kai apontos*). De donde resulta que se nombra πόθος lo que se llamaba ἴμερος, cuando el objeto deseado estaba presente. El amor se dice ἔρωσ (*eroos*), porque es una corriente que *se insinúa*, ἔσρετ (*esrei*) viniendo de fuera, que no es propia de aquel que la experimenta, y se introduce efectivamente por los ojos. Hé aquí por qué se decía antiguamente ἔσρος (*esros*) de ἔσρεῖν (*esrein*); porque entonces se empleaba la ς por la ω. Hoy se dice ἔρωσ (*eroos*), porque la ω ha ocupado el lugar de la ς. Pero ¿no propones otros nombres que examinar?

HERMÓGENES.

¿Qué te parece de δόξα (*doxa*, opinión) y de otras palabras semejantes?

SÓCRATES.

Δόξα es el nombre que ó procede de *seguimiento* (δίωξις *diooxis*), y en este caso es la indagacion á que el alma se consagra, para saber la verdad de las cosas; ó bien es el nombre del disparo de la flecha τήξον (*toxon*). Yo prefiero esta última explicacion. Por lo ménos la palabra οἴησις (*oieesis*, creencia), responde á la misma idea. En efecto, parece expresar el *anhelo*, οἴσις (*oisis*), del alma hácia las cosas para conocer su naturaleza. La misma relacion hay entre βουλή (*boulee*, voluntad) y βολή (*bole*, tiro ó disparo). Βούλεσθαι (*bouleszai*, querer) significa *lanzarse hácia*, lo mismo que βουλεύεσθαι (*bouleuszai*, deliberar). Todas estas palabras, que corresponden al mismo orden que δόξα, no son más que diversas expresiones de la idea de tiro ó arranque. La palabra negativa ἀβουλία (*aboulia*, imprudencia) parece designar la desgracia de aquel á quien se le frustra un propósito, οὐ βάλοντος (*ou balontos*); que no consigue lo que queria, ἐβούλετο (*ebouleto*), lo que se proponia, περὶ οὗ ἐβούλευετο (*peri ou ebouleueto*), ó á lo que aspiraba.

HERMÓGENES.

Se me figura, Sócrates, que ahora apresuras y estrechas tus explicaciones.

SÓCRATES.

Es porque en este momento el dios va á cesar de hablar. Sin embargo, voy á hacer el último ensayo sobre las palabras ἀνάγκη (*anagkee*, necesidad), y ἐκούσιον (*ekousion*, voluntario) que siguen naturalmente á las precedentes. *Lo que cede* εἶκον (*eikon*) sin resistencia; *lo que cede al movimiento*, εἶκον τῷ ἰόντι (*eikon too ionti*), al movimiento impreso por la voluntad, hé aquí lo que significa la palabra ἐκούσιον (*ekousion*). Lo *necesario*, ἀναγκαῖον (*anagkaion*) es, por el contrario, lo que resiste á la voluntad y lo que oponen á esta la ignorancia y el error; se parece á un viaje en las *cañadas*. ἄγκη (*agkee*), en las

que lo difícil. áspero y peligroso de los caminos impide marchar. Lo *necesario* ha debido llamarse ἀναγκαῖον (*anagkaion*) comparándolo á un viaje á través de una cañada ó vallecillo. Y puesto que aún me siento con fuerzas, aprovechémoslas. No aflojes tú y preguntame.

HERMÓGENES.

Pues bien; voy á preguntarte acerca de las cosas más preciosas que conozco: la verdad, la mentira, el sér; y sobre lo que es objeto de esta conversacion, el nombre mismo. ¿Por qué se llama el nombre ὄνομα (*onoma*)?

SÓCRATES.

¿Sabes lo que quiere decir μαίεσθαι (*maieszai*)?

HERMÓGENES.

Sí; indagar.

SÓCRATES.

La palabra ὄνομα (*onoma*) me parece el resúmen de una proposicion, en la que se afirma que *el sér es el objeto, cuyo nombre es la indagacion*. Pero esto es más fácil de comprender en la palabra ὀνομαστόν (*onomaston*, lo que se puede nombrar). Declara, en efecto, de una manera muy patente, que *el sér es el objeto de la indagacion*, ὃν οὐ μάσμα ἐστίν (*on ou masma estin*). Ἀλήθεια (*aleezeia*, verdad), me parece tambien una palabra formada de otras muchas. Parece que se ha querido designar con ella el divino movimiento del sér, y que ἀλήθεια signifique *una carrera divina*, ἀληθία (*alee zeia*). Ψεῦδος (*pseudos*, mentira), expresa lo contrario del movimiento. En esta palabra encontramos tambien la reprobacion impuesta á todo lo que se detiene, á todo lo que obliga al reposo, y este término representa el estado de las *gentes que duermen*, καθεύδουσι (*kazeudousi*). La ψ que se ha añadido á esta palabra, impide por lo pronto percibir su verdadero sentido. En cuanto á ὄν (*on*, sér), y οὐσία (*ousia*, esencia), son muy análogos á lo verdadero, si se añade una ι; τὸν (*ion*) significa, en efecto, *lo que va*. Y de igual modo

debe interpretarse el no-ser, οὐκ ἔν (*ouk on*), que algunos pronuncian οὐκ ἰόν (*ouk ion*).

HERMÓGENES.

Encuentro, Sócrates, que has resuelto con firmeza estas dificultades. Pero si en este momento te interpelases con respecto á estas expresiones ἰόν (*ion*, marchando), ῥέον (*reon*, corriendo), δῶν (*down*, ligando), y te preguntasen cuál es la propiedad...

SÓCRATES.

¿Quieres decir que qué responderia? ¿No es esto?

HERMÓGENES.

Exactamente.

SÓCRATES.

Hay un expediente, que nos ha sacado ya de conflictos, y que puede pasar por una respuesta suficiente.

HERMÓGENES.

¿Qué expediente?

SÓCRATES.

Decir que las palabras, cuyo sentido no comprendemos, son de origen bárbaro. Y quizá es la pura verdad, respecto á muchas de ellas; y quizá tambien es la antigüedad de las palabras primitivas, la que nos las hace ininteligibles. Despues de las modificaciones de todos géneros que se las ha hecho sufrir, ¿es extraño que las palabras antiguas, comparadas con las de hoy dia, parezca que pertenecen á una lengua bárbara?

HERMÓGENES.

Todo lo que dices está muy en razon.

SÓCRATES.

Sí, sin duda. Pero en el combate que sostenemos, no se trata de huir de las dificultades, sino que, por el contrario, es preciso abordarlas de frente. Supongamos que se pregunte de qué palabras se compone un nombre, y estas palabras de qué otras se componen á su vez, y que se prosiga así indefinidamente; ¿no resultará que al fin

el interrogado se verá en la necesidad de no responder al interrogador?

HERMÓGENES.

Así me lo parece.

SÓCRATES.

Y bien; ¿cuándo el interrogado tendrá derecho para no responder? ¿Será cuando haya llegado á palabras que son como elementos de las otras palabras y discursos? Porque si estas palabras son verdaderamente elementales, no puede decirse que estén compuestas de otras. Por ejemplo: hemos dicho que la palabra ἀγᾶθος (*agazos*) se compone de ἀγαστός (*agastos*) y de θοός (*zoos*). Quizá podríamos decir que θοός está formada de otras palabras, y éstas de otras aún; pero si llegáramos á una que no esté formada de otras palabras, entónces diríamos con razon que es elemental; y que no hay necesidad de relacionarla con otras más simples.

HERMÓGENES.

Á mi entender, tienes completa razon.

SÓCRATES.

Luego si las palabras acerca de las que me preguntabas ántes, son elementales, necesitamos acudir á algun procedimiento nuevo para apreciar su propiedad y su legitimidad.

HERMÓGENES.

Así parece.

SÓCRATES.

Sí; así parece, Hermógenes, porque todas las palabras á que hemos pasado revista, vienen, á mi parecer, á resolverse en éstas. Y así, si mi suposicion es fundada, sígueme con atencion, y cuida de que no me extravie al explicar cuál debe ser la propiedad de los nombres primitivos.

HERMÓGENES.

Habla sin temor; te seguiré con toda la atencion de que soy capaz.

SÓCRATES.

No hay más que una sola y misma propiedad para todas las palabras primitivas y derivadas, y ningún nombre, como tal, difiere de otro nombre. Hé aquí lo que yo pienso, y de seguro tú lo crees como yo.

HERMÓGENES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Porque, ¿en qué consiste la propiedad de los nombres que hasta aquí hemos examinado? En que nos representan lo que es cada cosa.

HERMÓGENES.

Es incontestable.

SÓCRATES.

Y esto no es ménos cierto respecto de los nombres primitivos que de los derivados; puesto que son igualmente nombres.

HERMÓGENES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Pero las palabras derivadas toman de las primitivas el poder que tienen de representar las cosas.

HERMÓGENES.

Así parece.

SÓCRATES.

Bien; pero las primitivas que no se componen de otras palabras, ¿de qué manera nos manifestarán las cosas con la claridad posible, como deben hacerlo siendo nombres? Respóndeme. Si nosotros no tuviésemos ni voz ni lengua, y quisiéramos, sin embargo, designarnos los unos á los otros las cosas, ¿no recurriríamos, como los mudos, á los signos de las manos, de la cabeza y de todo el cuerpo?

HERMÓGENES.

Claro que lo haríamos así. Sócrates.

SÓCRATES.

Por ejemplo: si quisiéramos expresar una cosa elevada y ligera, tenderíamos la mano hácia el cielo, imitando así la naturaleza de esta cosa; si una cosa baja y pesada, abatiéramos la mano hácia el suelo. Y si se tratase de designar un caballo corriendo, ó cualquiera otro animal, le imitaríamos lo mejor posible con nuestras actitudes y gestos.

HERMÓGENES.

Necesariamente habria de hacerse como dices.

SÓCRATES.

De esta suerte se expresaria cada objeto por medio del cuerpo, obligándole á imitar lo que se quisiera expresar.

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Y como queremos expresar los objetos por medio de la voz, de la lengua y la boca, esta expresion consistirá, por consiguiente, en la imitacion que podamos hacer con la voz, con la lengua y con la boca.

HERMÓGENES.

Necesariamente.

SÓCRATES.

Luego el nombre, á lo que parece, es la imitacion de un objeto mediante la voz. El que imita un objeto con la voz, le nombra al imitarle.

HERMÓGENES.

Lo creo.

SÓCRATES.

¡Por Júpiter! Sin embargo, yo mismo no creo que esto sea precisamente así.

HERMÓGENES.

¿Cómo?

SÓCRATES.

Nos veriamos precisados á reconocer que los que imitan

el balido de las ovejas, el canto del gallo y otros análogos, nombran con esto á los animales que imitan.

HERMÓGENES.

Es cierto.

SÓCRATES.

¿Y te parece esto justo?

HERMÓGENES.

No. Pero, Sócrates, ¿qué clase de imitacion es entónces la del nombre?

SÓCRATES.

Por lo pronto, me parece que cuando nombramos, no imitamos como se imitan las cosas en la música, por más que las imitemos entónces por medio de la voz. En segundo lugar; en mi opinion, nombrar no es imitar las mismas cosas que imita la música. Lo que quiero decir es lo siguiente. Todos los objetos, ¿no tienen un sonido y una forma, y la mayor parte de ellos un color?

HERMÓGENES.

Ciertamente.

SÓCRATES.

Paréceme que si se imitan estas cualidades, semejante imitacion ninguna relacion tiene con el arte de nombrar. Los que de estas cualidades sacan partido son los músicos y pintores. ¿No es verdad?

HERMÓGENES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero, ¿no te parece que cada objeto tiene su esencia, como tiene su color y las demás cualidades de que hablamos? Y desde luego, el color mismo y la voz, ¿no tienen su esencia lo mismo que todas las demás cosas que merecen ser llamadas con el nombre de seres?

HERMÓGENES.

Lo creo.

SÓCRATES.

Y el que llegase á imitar por medio de letras y de sílabas lo que en cada objeto constituye la esencia, ¿no representaría lo que propiamente es cada objeto? ¿Sí ó nó?

HERMÓGENES.

Lo representaría perfectamente.

SÓCRATES.

¿Y cómo llamarías al que alcanzase este poder? Los imitadores, de que hablamos ántes, eran el uno músico y el otro pintor; ¿qué nombre daremos á éste?

HERMÓGENES.

El de hábil en lo que há rato nos ocupa; en el arte de nombrar.

SÓCRATES.

Si eso es cierto es preciso que examinemos las palabras acerca de las que me interrogabas; *ροή* (*roee*, que corre), *ἔναι* (*ienai*, ir), *σχέσις* (*sjesis*, la acción de retener); y ver si por medio de las letras y de las sílabas, imitan ó no imitan la esencia de las cosas que ellas designan.

HERMÓGENES.

Perfectamente.

SÓCRATES.

Dime; ¿son estas palabras las únicas primitivas, ó existen otras muchas?

HERMÓGENES.

Creo que existen otras.

SÓCRATES.

En efecto, es probable que así sea. ¿Pero qué medio adoptaremos para distinguir (1) por dónde el imitador comienza á imitar? Puesto que la imitación de la esencia tiene lugar por medio de las sílabas y de las letras,

(1) *Διάρρησις*, *διαιρέων*, procedimiento de división que Platon opone algunas líneas más adelante al procedimiento de composición, *συνείρειν*.

¿no será lo mejor distinguir desde luego las letras, como hacen los que estudian el ritmo? Estos distinguen en primer lugar el valor de las letras, despues el de las sílabas; y no examinan el ritmo mismo sino despues de estos preliminares; ántes, nunca.

HERMÓGENES.

Muy bien.

SÓCRATES.

Nosotros, ¿no debemos, igualmente, distinguir, desde luego, las vocales, y despues, entre las otras especies de letras, las que son á la vez consonantes y mudas, ya que estos son los términos de que se valen los hombres entendidos; y las que, sin ser vocales, tienen, sin embargo, un sonido? ¿No tendremos despues que volver á las vocales, para dividir las en sus diferentes especies? Hechas estas distinciones, es indispensable examinar á su vez los nombres é indagar si entre ellos hay algunos á los que se puedan reducir todos los demás; como sucede con las letras que nos los hacen conocer y si se clasifican en diversas especies, como estas mismas letras. Bien consideradas todas estas cosas, es preciso saber aplicar á los objetos los nombres que les corresponden, ya baste una sola palabra para un solo objeto. ya haya que combinar muchas. Así es como los pintores, para obtener la semejanza, ya emplean la púrpura sola ú otro color cualquiera; ya mezclan muchos colores diferentes, como cuando quieren representar la carne, ó cualquier otro objeto análogo, atentos siempre á hacer la imágen perfectamente fiel. En igual forma, nosotros aplicaremos las letras á las cosas; tan pronto una sola letra á una sola cosa y la letra conveniente, como muchas letras formando lo que se llaman sílabas, y reuniendo en seguida estas sílabas hasta componer nombres y verbos. En fin, de estos nombres y de estos verbos formaremos algo que tenga grandeza, belleza y unidad: el discurso, que es en el arte de los nombres y en todas las

artes análogas, lo que en la pintura la representacion de un sér animado. Pero no; no seremos nosotros los que haremos esto; yo me dejo llevar de mis propias palabras. Todas estas combinaciones, tales como son, son obra de nuestros antepasados. En cuanto á nosotros, si queremos estudiar todas estas cosas con arte, necesitamos dividir-las, como ya hemos dicho; y considerar, como tambien indicábamos, si las palabras, así las primitivas como las derivadas, han sido bien ó mal aplicadas. Proceder de otro modo, y segun el método de composicion, seria obrar mal y extraviarse del verdadero camino, mi querido Hermógenes.

HERMÓGENES.

¡Sí, por Júpiter! Sócrates.

SÓCRATES.

¿Y tendrás bastante confianza en tí mismo, para creerte capaz de recorrer todas las divisiones de nuestro asunto? Yo no me considero con fuerzas para ello.

HERMÓGENES.

Ni yo tampoco, seguramente.

SÓCRATES.

Dejemos esta materia; ¿ó prefieres que, aunque incapaces de llevar muy allá nuestra indagacion, ensayemos nuestras fuerzas, adelantando ideas, como hicimos ántes con motivo de los dioses? Deciamos que no sabiendo nada de la verdad, sólo habiamos querido interpretar las opiniones de los hombres sobre aquel punto; y ahora nos corresponde decir, que si algun dia llega á ser resuelta la presente cuestion por nosotros ó por otros, lo será por medio de las divisiones que acabamos de indicar; pero que por el momento bastará, como deciamos, que hagamos el esfuerzo que nos sea posible. ¿Es esta tu opinion? ¿O piensas de otra manera?

HERMÓGENES.

Precisamente esa es mi opinion.

SÓCRATES.

Quizá parece ridículo, mi querido Hermógenes, decir que las letras y las sílabas revelan las cosas, imitándolas. Sin embargo, es necesario que así sea. No tenemos otro medio mejor de dar razon de la verdad de las palabras primitivas. A ménos que, á semejanza de los autores de tragedias, que en sus conflictos recurren á máquinas y hacen aparecer los dioses, recurramos tambien nosotros al mismo artificio, diciendo que los dioses han instituido las palabras primitivas, y que de aquí procede su propiedad. ¿Adoptaremos esta explicacion como la más satisfactoria? ¿Ó la de que nosotros hemos tomado las palabras primitivas de los bárbaros, y que los bárbaros son más antiguos que nosotros? ¿Ó bien la de que no nos es posible comprender esta clase de palabras á causa de su antigüedad, que las hace tan oscuras, como si tuviesen un origen bárbaro? Estas serian excusas muy buenas para el que no quisiera dar razon de las palabras primitivas y de su propiedad. Sin embargo; dígase lo que se quiera, cuando se ignora la propiedad de las palabras primitivas, no se pueden comprender las derivadas, que sólo se explican por aquellas. Es, pues, evidente que el que se considera hábil en la interpretacion de las derivadas, debe estar en posicion de dar explicaciones completas y claras sobre las primitivas, ó limitarse á no decir más que necedades acerca de las derivadas. ¿Opinas tú de otro modo?

HERMÓGENES.

No, en verdad, Sócrates.

SÓCRATES.

Lo que yo pienso á propósito de las palabras primitivas, me parece á mí mismo impertinente y ridículo. Te lo diré, si quieres. Pero si por tu parte tienes algo mejor que proponer, me lo participarás tambien á tu vez.

No dejaré de hacerlo. Y tú habla siempre sin miedo.

SÓCRATES.

Por lo pronto, la letra ρ me parece ser el instrumento propio para expresar toda clase de movimiento. Pero no hemos dicho cuál es el origen de la palabra $\kappa\iota\nu\eta\sigma\iota\varsigma$ (*kineesis*). Es evidente que procede de $\iota\epsilon\sigma\iota\varsigma$ (*iesis*, arranque); porque en otro tiempo, en lugar de la η se servían de la ϵ . En cuanto al principio de la palabra, está tomado de $\kappa\iota\epsilon\iota\nu$, palabra extranjera que tiene el sentido de $\iota\epsilon\nu\alpha\iota$ (*ienai*, marchar). Si se supiese la palabra antigua y se la trasladase á nuestra lengua, se tendría realmente $\iota\epsilon\sigma\iota\varsigma$ (*iesis*). Pero hoy, á causa de la procedencia extranjera del verbo $\kappa\iota\epsilon\iota\nu$ (*kiein*), del cambio de la η y de la inserción de la ν , se dice $\kappa\iota\nu\epsilon\sigma\iota\varsigma$ (*kineesis*). En rigor, debería decirse $\kappa\iota\epsilon\iota\nu\eta\sigma\iota\varsigma$ ó $\epsilon\iota\sigma\iota\varsigma$ (*kieineesis* ó *ieisis*). En cuanto á la palabra $\sigma\tau\acute{\alpha}\sigma\iota\varsigma$ (*stasis*, reposo), expresa la negación del movimiento, y se pronuncia así por elegancia. Decía, pues, que la letra ρ me parecía haber sido, en manos del inventor de las palabras, un excelente instrumento para dar idea del movimiento, con el cual tiene verdadera analogía. En mil circunstancias se sirve de él con este objeto. Así, emplea esta letra para imitar el movimiento, por lo pronto, en las palabras $\rho\epsilon\iota\nu$ (*rein*, correr) y $\rho\omicron\eta$ (*roee*, curso); en seguida en $\tau\rho\acute{\omicron}\mu\omicron\varsigma$ (*tromos*, temblor), en $\tau\rho\alpha\chi\acute{\upsilon}\varsigma$ (*trajus*, áspero); é igualmente en muchos verbos, tales como $\kappa\rho\acute{\omicron}\upsilon\epsilon\iota\nu$ (*krouein*, golpear), $\theta\rho\alpha\upsilon\epsilon\iota\nu$ (*zrauein*, herir), $\epsilon\rho\epsilon\iota\kappa\epsilon\iota\nu$ (*ereikein*, romper), $\theta\rho\acute{\omicron}\pi\tau\epsilon\iota\nu$ (*zruptein*, pulverizar), $\kappa\epsilon\rho\mu\alpha\tau\iota\zeta\epsilon\iota\nu$ (*kermatidsein*, dividir), $\rho\omicron\mu\beta\epsilon\iota\nu$ (*rumbein*, rodar). A la ρ es á la que deben todas estas palabras la representación de las acciones de que son signos. El autor de los nombres vió, á mi parecer, que la lengua, al pronunciar esta letra, léjos de permanecer en reposo, se agita fuertemente; y hé aquí lo que explica el uso que ha hecho de ella. La ι conviene á lo que es sutil, y que por su naturaleza puede penetrar á

través de todas las cosas; por esta razon se sirve de la ι en $\iota\epsilon\sigma\theta\alpha\iota$ (*ieszai*) y $\iota\acute{\epsilon}\nu\alpha\iota$ (*ienai*), para imitar la accion de *ir ó marchar*. Así, tambien con las letras φ , ψ , θ y la ζ , que son silbantes, imita todas las cosas de esta naturaleza, tales como $\psi\upsilon\chi\rho\acute{o}\nu$ (*psujron*, frio), $\zeta\acute{\epsilon}\omicron\nu$ (*dseon*, hirviente), $\sigma\epsilon\iota\epsilon\sigma\theta\alpha\iota$ (*seieszai*, agitar), y en fin, $\sigma\epsilon\iota\tau\mu\acute{o}\varsigma$ (*seismos*, agitacion). El autor de los nombres emplea cuanto le es posible estas mismas letras, cuando quiere imitar algun objeto *hinchado*, $\varphi\upsilon\sigma\acute{\omega}\delta\epsilon\varsigma$ (*fusoodes*). Tambien habrá creido que por la presion que hacen experimentar á la lengua la δ y la τ , son perfectamente propias para imitar la accion de *encadenar*, $\delta\epsilon\sigma\mu\acute{o}\varsigma$ (*desmos*), y de *descansar*, $\sigma\tau\acute{\alpha}\sigma\iota\varsigma$ (*stasis*). Habiendo observado que la lengua se desliza al pronunciar la λ , $\omicron\lambda\iota\sigma\theta\acute{\alpha}\nu\epsilon\iota$ (*oliszanei*), se ha servido de ella para formar la palabra $\lambda\epsilon\iota\omicron\nu$ (*leion*, liso), el mismo término $\omicron\lambda\iota\sigma\theta\acute{\alpha}\nu\epsilon\iota\nu$ (*oliszanein*, deslizarse), $\lambda\iota\pi\alpha\rho\acute{o}\nu$ (*liparon*, flúido), $\kappa\omicron\lambda\lambda\acute{\omega}\delta\epsilon\varsigma$ (*kol-loodes*, pegajoso), y todos los de este género. En cuanto á la γ , como tiene en cierta manera la virtud de detener este deslizamiento de la lengua, ha imitado con esta letra, unida á la precedente, lo que es *viscoso*, $\gamma\lambda\iota\sigma\chi\rho\omicron\nu$ (*glisjron*); *dulce*, $\gamma\lambda\upsilon\kappa\acute{\upsilon}$ (*gluku*); *corriente*, $\gamma\lambda\omicron\iota\omega\delta\epsilon\varsigma$ (*gloioodes*). Respecto de la ν , habiendo comprendido que retiene la voz en el interior de la boca, formó las palabras $\acute{\epsilon}\nu\delta\omicron\nu$, $\acute{\epsilon}\nu\tau\acute{o}\varsigma$ (*endon*, *entos*, interior, adentro), que representa la cosa por el sonido. Ha puesto una α en $\mu\acute{\epsilon}\gamma\alpha\varsigma$ (*mezas*, grande), y una η en $\mu\acute{\eta}\chi\omicron\varsigma$ (*meechos*, longitud), porque estas dos letras tienen un sonido prolongado. Para $\gamma\omicron\gamma\gamma\lambda\omicron\nu$ (*goggulon*, redondo), tenia necesidad de la letra \omicron , y la ha repetido todo lo posible en la composicion de esta palabra. El autor de los nombres siempre ha procedido de la misma manera, formando con las letras y las sílabas nombres para designar cada sér; y con estos nombres, otros más compuestos, procurando siempre con empeño imitar la naturaleza de las cosas. Tal me parece ser, mi querido

Hermógenes, la propiedad de los nombres. Pero quizá Cratilo es de otro parecer.

HERMÓGENES.

Ciertamente, Sócrates; Cratilo mucho me tiene atormentado, como mani festé al principio, sosteniendo que los nombres tienen una propiedad natural, y esto sin explicar claramente en qué consiste; no pudiendo saber yo si con intencion ó á pesar suyo se expresaba tan oscuramente sobre esté asunto. Ahora, querido Cratilo, dime en presencia de Sócrates si apruebas las ideas que acaba de exponer, ó si tienes otras mejores. Si crees tenerlas, habla, á fin de instruirte con las lecciones de Sócrates; ó de enseñarnos tú mismo la verdad á ambos.

CRATILO.

¡Pero qué! Hermógenes: ¿Crees que sea fácil aprender ó enseñar cualquiera cosa, sobre todo una de tal importancia, que parece debe ser incluida entre las más graves?

HERMÓGENES.

¡Por Júpiter! que yo no lo creo. Pero me place aquel dicho de Hesiodo: que *añadir un poco á otro poco, no es trabajo perdido* (1). Y así, si eres capaz de dar un poco más de luz á esta discusion, no vaciles, te lo suplico; y haznos esta gracia á Sócrates y á mí.

SÓCRATES.

Y yo, querido Cratilo, no afirmo absolutamente ninguna de las cosas que he expuesto ántes; sino que me he limitado á examinar la cuestion con Hermógenes, y á decir buenamente lo que me indicaba mi espíritu. Habla, pues, con resolucion, y vive persuadido de que si propones alguna buena idea, estoy dispuesto á recogerla.

Que estés tú más instruido que yo en esta materia, no lo extraño. A mí parecer, has reflexionado mucho sobre

(1) Trabajos y dias, v. 359.

ella, y al mismo tiempo has aprendido no poco de los demás. Si tienes que decir algo que valga más que lo que precede, puedes contarme en el número de tus discípulos para la indagacion de la propiedad de los nombres.

CRATILO.

Seguramente, Sócrates, no te engañas; me he ocupado mucho en esta cuestion, y no habria inconveniente en que te tuviera por mi discípulo. Sin embargo, temo que suceda todo lo contrario, y que me vea precisado á explicarte las palabras que dirige Aquiles á Ajax en las *Deprecaciones* (1). Dice:

*Divino Ajax, hijo de Telamon, jefe de los pueblos,
Todo lo que me has dicho procede de un noble corazon.*

Y yo, Sócrates, he creido verdaderamente que vaticinabas, ya te venga la inspiración de Eutifron, ó ya de alguna musa que habite en tí, há largo tiempo, sin tú saberlo.

SÓCRATES.

¡Oh, excelente Cratilo! yo mismo estoy sorprendido de mi ciencia, y desconfio de ella. Creo que es preciso examinar de nuevo todo lo que acabo de decir. El engañarse á sí mismo, es seguramente lo peor que puede suceder; porque entónces el engañador es uno con nosotros, y nos sigue por todas partes. ¿Puede darse cosa más terrible? Conviene, pues, en mi opinion, volver muchas veces sobre las ideas emitidas, y esforzarse, segun la expresion del poeta (2), *mirando á la vez adelante y atrás*. Ahora fijémonos en la explicacion que hemos dado. La propiedad del nombre, hemos dicho, consiste en representar la cosa tal como es. ¿Declararemos completa esta definicion?

CRATILO.

A mí me satisface cumplidamente.

(1) *Iliada*, 9, 644.

(2) *Iliada*, 1, 343; 3, 109.

SÓCRATES.

En este caso, los nombres tienen la virtud de enseñar.

CRATILO.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Diremos, por lo tanto, que hay un arte de enseñar, mediante los nombres y los peritos en este arte?

CRATILO.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Quiénes son?

CRATILO.

Los legisladores, como dijiste cuando comenzamos.

SÓCRATES.

¿Diremos que, respecto de este arte, sucede entre los hombres, lo mismo que en todas las demás artes; ó es cosa distinta? Me explicaré. Los pintores, por ejemplo, ¿no son unos mejores, y otros peores?

CRATILO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y los mejores hacen más bellas sus obras, quiero decir, sus representaciones de los seres vivos; los otros las hacen más feas. Lo mismo sucede con los arquitectos; los unos hacen casas más bellas, y otros las hacen menos bellas.

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

Y bien, ¿unos legisladores hacen sus obras mejor, y otros peor?

CRATILO.

Eso no lo creo.

SÓCRATES.

Pues qué, ¿no te parecen las leyes, unas mejores y otras peores?

CRATILO.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

En este caso, ¿los nombres no te parecen los unos mejores que los otros?

CRATILO.

No, verdaderamente.

SÓCRATES.

Luego, ¿todos los nombres son igualmente propios?

CRATILO.

Sí; todos los que son nombres.

SÓCRATES.

Pero qué, respecto del nombre de Hermógenes, de que hablábamos hace un instante, ¿diremos que de ninguna manera pertenece á nuestro amigo, y que no es de la raza de Hermes; ó que perteneciéndole, no es propio?

CRATILO.

Creo, Sócrates, que el nombre de Hermógenes no pertenece á nuestro amigo, aunque parezca pertenecerle; creo que será más bien el de algun otro individuo, cuya naturaleza es tal, como este nombre la supone.

SÓCRATES.

¿Decir que nuestro amigo, que está presente, es Hermógenes, no es decir una falsedad? A ménos que no se tenga por imposible decir que es Hermógenes el que no lo es.

CRATILO.

No te comprendo.

SÓCRATES.

Es absolutamente imposible decir una falsedad (1); ¿es esta tu opinion? Muchos, mi querido Cratilo, han pensado y piensan lo mismo.

(1) Platon refuta ahora esta doctrina sofistica, á que habia hecho simplemente una alusion al principio del diálogo.

CRATILO.

En efecto, Sócrates; ¿cómo el que dice lo que dice, ha de dejar de decir lo que es? Y decir algo falso, ¿no equivaldría á decir lo que no es?

SÓCRATES.

Hé aquí, querido mio, un razonamiento demasiado sutil para mí y para mi edad. Pero veamos; respóndeme sólo á la siguiente pregunta. Quizá piensas que es imposible decir falsedades, pero que es posible hablar falsamente.

CRATILO.

Yo no creo tampoco que se pueda hablar con falsedad.

SÓCRATES.

¿Ni expresarse, ni interpelar á ninguno falsamente? Por ejemplo; si encontrándote alguno en tierra extraña, te cogiese por la mano, y te dijese: os saludo, extranjero ateniense, Hermógenes, hijo de Smicrion; ¿te parecería que este hombre dice, designa, expresa, interpela, no á tí, sino á Hermógenes? ¿ó no nombraría á nadie?

CRATILO.

Me parecería que no hacía más que articular sonidos.

SÓCRATES.

Es bastante. Articulando sonidos, ¿diría la verdad, ó mentira? ¿ó diría algo verdadero y algo falso? Esto me bastaría.

CRATILO.

Pues bien, no tengo inconveniente en decir que no haría más que ruido y movimiento inútil, como si hiciera sonar un vaso de metal.

SÓCRATES.

Veamos, si podemos ponernos de acuerdo, mi querido Cratilo. ¿No admites, que una cosa es el nombre, y otra el objeto nombrado?

CRATILO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Reconoces, por lo tanto, que el nombre es una especie de imitación de la cosa?

CRATILO.

Perfectamente.

SÓCRATES.

Y que las pinturas de animales son otro género de imitación de ciertas cosas?

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

Veamos aún, por si no he penetrado bien tu pensamiento, que quizá es muy exacto. ¿Se puede despues de distinguirlas, referir estas dos especies de imitaciones, las pinturas de los animales y los nombres, á las cosas de que son imitaciones, ó no se puede?

CRATILO.

Se puede.

SÓCRATES.

Atiende, por de pronto, á lo que voy á decir. ¿Se puede referir la imágen del hombre al hombre, la de la mujer á la mujer; y así en todos los demás casos?

CRATILO.

Evidentemente.

SÓCRATES.

Y al contrario; ¿se puede referir la imágen del hombre á la mujer, y la de la mujer al hombre?

CRATILO.

Tambien es evidente.

SÓCRATES.

Y estas diferentes referencias, ¿están en su lugar ambas, ó sólo una de ellas?

CRATILO.

Sólo una de ellas.

SÓCRATES.

¿Sin duda la que refiere á cada cosa lo que la conviene y se le parece?

CRATILO.

Así me parece.

SÓCRATES.

A fin de no batallar, disputando en vano, puesto que somos amigos, concédeme lo que voy á decirte. Esta referencia, querido mio, en los dos géneros de imitaciones, el de la pintura y el de los nombres, yo la llamo propia; y si se trata de los nombres, no sólo la llamo propia, sino tambien verdadera. La otra referencia, la que refiere lo desemejante á lo desemejante, la llamo impropia y falsa, si se trata de nombres.

CRATILO.

Pero puede suceder, Sócrates, que esta impropiedad sólo se encuentre en las pinturas de los animales, y que no suceda lo mismo en los nombres, que necesariamente serán acaso siempre propias con relacion á las cosas á que se refieren.

SÓCRATES.

¿Qué quieres decir con eso? ¿Dónde está la diferencia entre la pintura y el nombre? Un hombre, que encuentra á otro, no puede decirle: hé aquí tu retrato, y mostrarle ya su imágen, ya la de una mujer? Entiendo por mostrar, representar una cosa ante el sentido de la vista.

CRATILO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y qué? el mismo hombre, ¿no puede decir al que encuentra: hé aquí tu nombre? porque el nombre es una imitacion lo mismo que la de la pintura. Repito, pues; ¿no puede suceder que le diga: hé aquí tu nombre, y que en seguida presente al sentido del alma una imágen de su interlocutor, pronunciando la palabra *hombre*, ó una

imágen de la parte femenina del género humano, pronunciando la palabra *mujer*? ¿No es esto posible, y no se verifica algunas veces?

CRATILO.

Quiero, Sócrates, concederte lo que me preguntas. Sea pues, como dices.

SÓCRATES.

Haces bien, querido mio, en concedérmelo, si las cosas pasan como yo digo; é inútil es ya que combatamos. Si la referencia es tal tambien en los nombres, llamaremos á la una verdadera, á la otra falsa. Y si así sucede con los nombres; si se les puede aplicar impropriamente, no dando á cada objeto el que le conviene, y dándole algunas veces el que no le conviene, lo mismo podrá suceder con los verbos. Y si esto es cierto respecto de los verbos y de los nombres, lo será tambien en cuanto á las frases, porque las frases, si no me engaño, son combinaciones de estas dos clases de palabras. ¿Qué piensas tú, Cratilo?

CRATILO.

Me parece que hablas acertadamente.

SÓCRATES.

Si comparamos las palabras primitivas con las imágenes, nos sucederá con ellas lo que con los cuadros. Unas veces el pintor emplea todos los colores y formas que convienen al modelo; otras no los emplea todos, sino que olvida ó añade algo, multiplica y agranda las facciones. ¿No es cierto?

CRATILO.

Muy cierto.

SÓCRATES.

El que emplea todos los colores y todas las formas convenientes, hace bellos cuadros y bellos dibujos; y, por el contrario, el que añade ó quita, hace tambien cuadros y dibujos, pero malos.

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y qué diremos del que imita con sílabas y letras la esencia de las cosas? Si emplea los elementos convenientes, ¿no formará asimismo una bella imágen? Pues esta imágen es el nombre. Pero si añade ó quita alguna cosa, ¿no formará tambien una imágen, pero que no será bella? Y de esta suerte, ¿no están los nombres, unos bien hechos, otros mal?

CRATILO.

Quizá.

SÓCRATES.

¿Y no resultará tambien que habrá artífices de nombres buenos y malos?

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

Al artífice de nombres se llama legislador.

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

¡Por Júpiter! quizá entónces sucederá en ésta como en las demás artes, y habrá buenos y malos legisladores; por lo ménos, ésta es una consecuencia de todo lo que hemos dicho, y en lo que estamos de acuerdo.

CRATILO.

Es cierto. Pero ya ves claramente, Sócrates, que, cuando nosotros hemos formado nombres, conforme al arte gramatical, con las letras α , β y demás. si se llega á suprimir, añadir, ó dislocar alguna de sus partes, no puede decirse que la palabra está escrita, sino mal escrita; y la verdad es que en manera alguna puede decirse escrita, sino que, desde que sufre alguna de estas modificaciones, lo que se hace es una palabra nueva.

SÓCRATES.

Ponte en guardia; no sea que por considerar las cosas bajo ese punto de vista, las consideremos mal.

CRATILO.

¿Cómo?

SÓCRATES.

Quizá lo que acabas de decir es exacto con relacion á las cosas, cuya existencia ó no existencia depende de un número determinado. Así, si al número diez, ó á cualquiera otro, se le quita, ó se le añade algo, se convierte en otro número. Pero respecto de todo lo que tiene alguna cualidad, y de toda clase de imágenes, la exactitud pide otras condiciones. Es preciso, por el contrario, que lo que es imagen no reproduzca el modelo entero, para ser su imagen. Mira, si lo que te digo es verdad. Por ejemplo, serán dos cosas distintas Cratilo y la imagen de Cratilo; si alguna divinidad representase, no sólo tus contornos y tu color, como hacen los pintores, sino tambien todo el interior de tu cuerpo, tal como es; con su morbidez y su calor, con el movimiento, el alma y el pensamiento, tales como se encuentran en tí; en una palabra, si todo lo que te constituye lo reprodujese completamente. Colocada cerca de tí esta acabada copia, ¿qué tendríamos? Cratilo y la imagen de Cratilo, ¿ó más bien dos Cratilos?

CRATILO.

Me parece, Sócrates, que resultarían dos Cratilos.

SÓCRATES.

Ves, mi querido amigo, que no debe concebirse la propiedad de una imagen de otro modo que como la hemos concebido; ni debemos, á todo trance, querer que una imagen cese de serlo, porque se la haya añadido ó quitado alguna cosa. ¿No conoces que no es necesario, ni mucho ménos, que las imágenes encierren todos y los mismos elementos que las cosas, de que son imágenes?

CRATILO.

Sí, verdaderamente.

SÓCRATES.

¡Buenos estaríamos, Cratilo; si los nombres y las cosas, que ellos nombran, se pareciesen absolutamente! Todo se haría doble sobre la marcha, y no sería posible decir: esta es la cosa, y este es el nombre.

CRATILO.

Es cierto.

SÓCRATES.

Luego no hay que vacilar, querido mio; reconoce que de los nombres, unos convienen y otros no convienen con las cosas; no exijas que una palabra tenga todas las letras necesarias para representar aquello, cuya imagen es; consiente que la acompañe alguna letra inútil; y si permites una letra en la palabra, permite una palabra en la frase; y si una palabra en la frase, una frase en el discurso. Y por más que esta letra, esta palabra y esta frase, no convengan con las cosas, no por eso dejarán estas de ser bien nombradas y enunciadas, con tal que se halle expresado su carácter distintivo; como sucede en los nombres de las letras, si te acuerdas de lo que dijimos ántes Hermógenes y yo.

CRATILO.

Ciertamente, me acuerdo.

SÓCRATES.

Muy bien. Cuando se expresa este carácter distintivo, aunque no tenga todas las letras debidas, la cosa resulta designada por el discurso: bien, si aparecen en él todas las letras convenientes; y mal, si sólo aparecen en corto número. En fin, admitamos que está designada, querido amigo, y así nos libraremos de la multa que se paga en Egina, cuando se encuentra á alguno en el camino á deshora de la noche; porque podría decirse, que habíamos andado demasiado pesados, para llegar de las palabras á

las cosas. Ó si no, busca cualquiera otra explicacion de la propiedad de los nombres, y niéganos que el nombre sea la representacion de la cosa, mediante las sílabas y las letras; porque no puedes mantener á la vez lo que ántes decias, y lo que últimamente has concedido, sin contradecirte á tí mismo.

CRATILO.

Me parece, Sócrates, que hablas muy sábiamente, y estoy conforme contigo.

SÓCRATES.

Puesto que estamos de acuerdo, examinemos ahora lo siguiente: para que el nombre sea propio, ¿no hemos dicho que es preciso que encierre las letras convenientes?

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

Letras convenientes son las que se parecen á las cosas. ¿No es así?

CRATILO.

Sin duda alguna.

SÓCRATES.

Luego los nombres bien hechos son los hechos de esta manera (1). Pero si hay alguna palabra mal instituida, aún así, estará formada en gran parte de letras convenientes y semejantes á las cosas, puesto que será una imágen; pero siempre encerrará alguna letra que no convenga, y por esta causa esta palabra no será buena, ni estará bien compuesta. ¿Es esto, en efecto, lo que dijimos?

CRATILO.

Es preciso que yo convenga en ello, Sócrates; áun cuando de buen grado negaria que un nombre mal hecho sea nombre.

(1) Es decir, formados con las letras que se parecen á las cosas.

SÓCRATES.

¿Y admitirás que el nombre es una representación de la cosa?

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Estimas como cosa cierta que unos nombres se componen de otros nombres, y que otros son primitivos?

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

Si los primitivos deben de ser representaciones de ciertas cosas, ¿conoces un medio mejor de hacer representaciones, que hacerlas lo más semejante que sea posible á las cosas que deben representar? ¿Ó acaso preferirías el medio ensalzado por Hermógenes y por otros muchos, segun los que los nombres proceden de convenios; que representan las cosas sólo para los que han intervenido en estas convenciones, conociéndolas de antemano; que la propiedad de los nombres nace exclusivamente de estos pactos; que no existe ninguna razon para fijarse en el sentido que tienen al presente, y que lo mismo podria llamarse grande lo que se llama pequeño, como pequeño lo que se llama grande? ¿Cuál de estos dos medios tienes por mejor?

CRATILO.

Vale mil veces más, Sócrates, representar las cosas mediante la imitacion, que de cualquiera otra manera arbitraria.

SÓCRATES.

Muy bien. Puesto que el nombre debe parecerse á la cosa, ¿no es necesario que las mismas letras sean naturalmente semejantes á los objetos, puesto que de letras se componen las palabras primitivas? Hé aquí lo que quiero decir. Tomando otra vez nuestro ejemplo; ¿se podria com-

poner un cuadro, imágen de una cosa, si la naturaleza no suministrase, para representarla, colores semejantes á los objetos que la pintura imita? ¿No seria de otro modo imposible?

CRATILO.

Imposible.

SÓCRATES.

En igual forma, ¿se parecerian los nombres á cosa alguna, si los elementos de que se componen no tuviesen en primer lugar una semejanza natural con las cosas, que los nombres imitan? Ahora bien; los elementos de que se componen los nombres, ¿no son las letras?

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

Pues ahora toma parte, á tu vez, en la discusion que ántes sostuve con Hermógenes. Al decir que la ρ hace relacion al cambio del lugar, al movimiento y á la rudeza, ¿te parece que tuvimos razon ó que no la tuvimos?

CRATILO.

Tuvisteis razon seguramente.

SÓCRATES.

Y diciendo que la λ se refiere á lo liso, á lo dulce y á las demás cualidades análogas de que hablamos, ¿tuvimos ó nó razon?

CRATILO.

La tuvisteis.

SÓCRATES.

¿Sabes que la misma palabra que nosotros escribimos σκληρότης (*skleerotees*, rudeza) los Eretrienos escriben: σκληρότηρ (*skleeroteer*).

CRATILO.

Perfectamente.

SÓCRATES.

La ρ y la σ, ¿tienen entónces la misma significacion? Y

la palabra, ¿tiene el mismo sentido para los que la terminan con una ρ , que para los que la terminan con una σ ; ó bien tiene para ambos un sentido diferente?

CRATILO.

Tiené para todos el mismo sentido.

SÓCRATES.

¿Y esto es así, porque la ρ y la σ se parecen, ó porque no se parecen?

CRATILO.

Porque se parecen.

SÓCRATES.

¿Porque se parecen en absoluto?

CRATILO.

Por lo ménos, en cuanto expresan igualmente el cambio de lugar.

SÓCRATES.

Pero la λ que forma parte de esta palabra, ¿no expresa lo contrario de la rudeza?

CRATILO.

Acaso, Sócrates, no está en su debido lugar. Antes, cuando conversabas con Hermógenes, quitabas y ponias letras segun la necesidad lo exigia; lo cual merecia mi aprobacion. Quizá en este caso convendria sustituir con una ρ á la λ .

SÓCRATES.

Perfectamente. Pero diciendo, como hoy decimos, pronunciando $\sigma\kappa\lambda\eta\rho\acute{o}\nu$ (*skleeron*) ¿no nos entendemos los unos á los otros? Tú mismo, en este momento, ¿no entiendes lo que yo quiero decir?

CRATILO.

Sí, gracias al uso.

SÓCRATES.

Hablando del uso, ¿crees hablar de otra cosa que de un convenio? ¿O acaso te formas del uso una idea distinta de la que yo tengo? Al enunciar una palabra, yo concibo

tal cosa, y tú reconoces que concibo tal cosa. ¿No consiste en esto el uso?

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

Luego si tú reconoces el objeto, cuando yo pronuncio una palabra, yo te le muestro.

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

Y eso se verifica mediante una palabra, que no tiene semejanza con lo que yo pienso cuando hablo; puesto que como tú confiesas, la letra λ no tiene nada que se parezca á la rudeza. Pues si esto es así, ¿qué otra cosa hay aquí, que una convencion contigo mismo; ni en qué consiste para tí la propiedad del nombre, sino en este convenio, puesto que las letras, suministradas por el uso y por la convencion, expresan lo que se les parece y lo que no se les parece? Y áun cuando el uso no se confundiese por entero con la convencion; áun así, no seria á causa de su semejanza con el objeto, por lo que la palabra nos lo representaria, sino que seria más bien en virtud del uso; porque creo que sólo el uso puede representar una cosa mediante lo que se le parece y mediante lo que no se le parece. Y puesto que estamos de acuerdo sobre todo esto, mi querido Cratilo, porque tomo tu silencio por un asentimiento, es necesario que la convencion y el uso contribuyan hasta cierto punto á la representacion de los pensamientos que expresamos. Y si quieres, querido mio, tomemos por ejemplo los nombres del número. ¿Dónde encontrarías nombres semejantes á cada uno de los números para aplicarlos á los mismos, si no permitieses que el acuerdo y la convencion entrasen en parte para determinar la propiedad de los nombres? Ciertamente yo mismo gusto de que los nombres se parezcan, cuanto sea posi-

ble, á las cosas; pero realmente, como decia Hermógenes, no hay que dejarse llevar hasta violentar las palabras, para hallar semejanzas; pues muchas veces se ve uno precisado á recurrir á la convencion para explicar su propiedad. Las palabras más bellas son indudablemente las formadas por entero, ó en gran parte, de elementos semejantes á las cosas, es decir, que con ellas convienen; y las más feas, son las palabras formadas de elementos contrarios á las mismas. Mas ahora, dime; ¿cuál es la virtud de los nombres, y qué bien debemos decir que producen?

CRATILO.

Creo, Sócrates, que tienen el poder de enseñar; y que es absolutamente cierto, que el que sabe los nombres, sabe igualmente las cosas.

SÓCRATES.

Quizá, mi querido Cratilo, lo que piensas es lo siguiente: que cuando se sabe lo que es el nombre, como el nombre es semejante á la cosa, se conoce igualmente la cosa, puesto que es semejante al nombre; y que todas las cosas que se parecen, son el objeto de una sola y misma ciencia. Supongo que en este mismo sentido dices que el que sabe los nombres, sabe igualmente las cosas.

CRATILO.

Es muy cierto.

SÓCRATES.

Pues bien; veamos ahora cuál es esta manera de enseñar las cosas, de que acabas de hablar; si existe alguna otra, por más que esta sea la mejor, ó si no existe absolutamente ninguna otra. ¿Cuál es tu parecer sobre este punto?

CRATILO.

Que no existe ninguna otra, y que ésta es excelente y la única.

SÓCRATES.

Pero, ¿crees que consista en esto el arte de encontrar

las cosas, y que el que ha encontrado los nombres ha descubierto tambien las cosas que ellos designan; ó bien es preciso, para investigar y descubrir, acudir á otro método; y para aprender, acudir á éste?

CRATILO.

No; para buscar y para descubrir debe emplearse este mismo método.

SÓCRATES.

Y bien, Cratilo; figurémonos un hombre que tome en la indagacion de las cosas los nombres por guias, examinando el sentido de cada uno de ellos; ¿no crees que corre gran riesgo de engañarse?

CRATILO.

¿Cómo?

SÓCRATES.

Es evidente que el primero que ha designado los nombres, los formó segun la manera como concebía las cosas. ¿No es esto lo que dijimos ántes?

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

Por consiguiente, si ha concebido mal las cosas y si las ha nombrado segun la manera como las concebía; ¿qué crees tú que nos sucederá á nosotros que le seguimos? ¿Cómo dejaremos de incurrir en el mismo error?

CRATILO.

No hay nada de eso, Sócrates; es necesario que el que hace los nombres, los haga con conocimiento de las cosas; si este conocimiento le faltase, como ya he dicho, los nombres no serian nombres. Y lo que prueba sin réplica que el inventor de los nombres no ha caminado léjos de la verdad, es que en ese caso no existiría la concordancia que se advierte entre todos ellos. ¿No era este tu pensamiento, cuando decias que todos tienen un mismo objeto, y expresan todos una misma idea?

SÓCRATES.

Eso que dices, mi querido Cratilo, no es aún una apología suficiente. Si el inventor de los números se hubiese engañado desde el primero, hubiera hecho violencia á los demás para precisarlos á convenir con aquel; esto es bien claro. Lo mismo sucede en la construcción de una figura de geometría; si se incurre al principio en algún error, aunque sea ligero ó imperceptible, en todo lo ulterior se notan las consecuencias. Por esta razón es preciso en todas las cosas que el hombre se entregue á largas reflexiones y á largas indagaciones, para asegurarse de si el principio sentado es exacto ó nó; cuando lo haya examinado bien, las consecuencias irán apareciendo con todo rigor. Por otra parte, me sorprendería que todos los nombres estuviesen de acuerdo los unos con los otros. Consideremos de nuevo los que ya hemos estudiado. Decíamos que los nombres nos representan el mundo en un movimiento, un cambio y un flujo perpétuos. ¿Te parece que expresan otra cosa?

CRATILO.

No, ciertamente; eso es lo que representan.

SÓCRATES.

Volvamos atrás, y examinemos la palabra ἐπιστήμη (*epistēeme*). Es una palabra equívoca; y yo creo que significa que el alma se *detiene sobre* las cosas, ἵστησιν ἐπὶ (*isteesin epi*), y no que se ve arrastrada en el mismo movimiento. Es más propio pronunciar el principio de esta palabra como se hace hoy, que decir πιστήμη (*pistēeme*), suprimiendo la ε; en lugar de suprimir la ε sería preciso intercalar una ι. Βέβαιον (*bebaion*), parece significar la imagen de una base, βῆστος (*baseos*), de un estado estacionario; y no el movimiento. Ἱστορία (*istoria*), expresa lo que detiene la expansión ἵστησιν τὸν ῥοῦν (*isteesin ton roun*). Πιστόν (*piston*), expresa manifiestamente la idea de *detener* ἵσταν (*istan*). Μνήμη (*mneeme*), indica para todo

el mundo la *permanencia*, μονή (*monée*), en el alma; y no el movimiento. Si quieres, examinemos igualmente las palabras ἀμαρτία (*amartia*, error), y ξυμφορά (*xumfora*, accidente): y encontraremos que tienen una gran analogía con ξυνέσις (*xunesis*) ἐπιστήμη (*epistemee*), y con todas las más palabras que se refieren á cosas excelentes. Ἀμαθία (*amazia*, ignorancia), y ἀκολασία (*akolasia*, intemperancia), son palabras del mismo género. La una parece designar la *marcha* de un sér *que va de concierto con Dios*, ἀμα θεῶν ἰόντος (*ama zeo iontos*); y el otro, ἀκολασία, la acción de seguir las cosas, ἀκολουθία (*akolouzia*). De esta manera los nombres que damos á las cosas más malas, serian enteramente semejantes á las que damos á las mejores. Estoy persuadido de que, si nos tomáramos ese trabajo, encontraríamos muchas otras palabras, que harian creer que el inventor de los nombres ha querido expresar, no que las cosas se mueven y pasan, sino que quedan y permanecen.

CRATILO.

Pero, Sócrates, nota que las más de las palabras expresan la primera opinion.

SÓCRATES.

¿Y qué importa, querido Cratilo? ¿Contaremos los nombres como las bolas de un escrutinio, y haremos depender su propiedad de este cálculo? El sentido indicado por el mayor número, ¿será el verdadero?

CRATILO.

No es razonable eso.

SÓCRATES.

No lo es en manera alguna, querido amigo; pero pasemos adelante y veamos si seremos ó nó del mismo parecer sobre el punto siguiente: Dime, ¿no hemos convenido en que los que han inventado los nombres en las ciudades, sean griegos ó bárbaros, son los legisladores, y que el arte de instituir los nombres pertenece al de la legislación?

CRATILO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Respóndeme: ¿los primeros legisladores designaron los primeros nombres, conociendo las cosas á que los asignaban, ó no conociéndolas?

CRATILO.

En mi opinion, Sócrates, las conocian.

SÓCRATES.

¿Hubieran podido hacerlo, mi querido Cratilo, sin conocerlas?

CRATILO.

No lo creo.

SÓCRATES.

Retrocedamos al punto de partida. Decias ántes, segun recordarás, que es necesario que el que determine los nombres, sepa cuál es la naturaleza de los objetos sobre que recaen. ¿Es esta aún tu opinion?

CRATILO.

Aún lo es.

SÓCRATES.

¿Y dices que el que ha fijado los primeros nombres lo ha hecho sabiendo cuál es la naturaleza de los objetos?

CRATILO.

Sabíendolo.

SÓCRATES.

¿Pero por medio de qué nombres pudo aprender y encontrar las cosas, puesto que entónces aún no existian las primeras palabras; y puesto que por otra parte, segun hemos dicho, es imposible aprender ó encontrar las cosas sino despues de haber aprendido ó encontrado por sí mismo la significacion de los nombres?

CRATILO.

Lo que dices es realmente una verdadera dificultad, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Cómo podríamos decir que para instituir los nombres los legisladores, han debido conocer las cosas ántes que hubiese nombres, si fuese cierto que sólo han podido conocerse las cosas por sus nombres?

CRATILO.

A mi parecer, Sócrates, la mejor explicacion, para salir de esta dificultad, es decir que un poder superior al del hombre ha dado los primeros nombres á las cosas; de manera que no pueden ménos de ser propios.

SÓCRATES.

¿Pero entónces crees tú que el que instituye los nombres, sea Dios ó demonio, los ha establecido contradiciéndose á sí mismo? ¿ó crees que lo que decíamos ántes no es exacto?

CRATILO.

Eso consiste en que entre los nombres los hay que no lo son.

SÓCRATES.

¿Cuáles son, mi excelente amigo? ¿los que se refieren al reposo ó los que se refieren al movimiento? Porque, segun hemos dicho, esta cuestion no puede decidirse por el número.

CRATILO.

No; no seria justo, Sócrates.

SÓCRATES.

Hé aquí, por lo tanto, una guerra civil entre los nombres; éstos declaran que representan la verdad; aquellos sostienen lo mismo; ¿á quién daremos la razon, y segun qué principio? No podrá ser apelando á otros nombres, puesto que no existen. Es claro que debemos recurrir fuera de los nombres á algun otro principio, que nos haga ver, sin el auxilio de aquellos, cuáles entre ellos son verdaderos, porque nos mostrará con evidencia la verdad de las cosas.

CRATILO.

Soy del mismo parecer.

SÓCRATES.

Entonces, Cratilo, es posible aprender las cosas sin el auxilio de los nombres.

CRATILO.

Así parece.

SÓCRATES.

¿Y por qué medio crees que se pueden aprender? ¿Puede ser otro que el más natural y razonable, es decir, estudiando las cosas en la relación de las unas con las otras, cuando son del mismo género, y cada una en sí misma? Lo que es extraño á las cosas y difiere de ellas, no puede mostrarnos nada que no sea extraño y que no difiera de ellas; nunca podrá mostrarnos las cosas mismas.

CRATILO.

Me parece cierto lo que dices.

SÓCRATES.

Veamos, ¡por Júpiter! ¿no hemos reconocido muchas veces que los nombres bien hechos son conformes á los objetos que ellos designan, y que son imágenes de las cosas?

CRATILO.

Sí.

SÓCRATES.

Por tanto, si es posible conocer las cosas por sus nombres, y posible conocerlas por sí mismas, ¿cuál es el mejor y más claro de estos conocimientos? ¿Deberá estudiarse primero la imagen en sí misma; y examinar si es semejante, para pasar despues á la verdad de aquello de que es imagen? ¿O deberá estudiarse primeramente la verdad misma, y despues su imagen, para asegurarse si es tal como debe de ser?

CRATILO.

En mi opinion, debe comenzarse por la verdad misma.

SÓCRATES.

Que método debe seguirse para aprender ó descubrir la naturaleza de los séres, es una cuestión que quizá es superior á mis alcances y á los tuyos. Lo importante es reconocer que no es en los nombres, sino en las cosas mismas, donde es preciso buscar y estudiar las cosas.

CRATILO.

Así me lo parece, Sócrates.

SÓCRATES.

Estemos, pues, en guardia; y no nos dejemos sorprender por ese gran número de palabras, que tienden todas hácia un objeto comun. Los que han instituido los nombres, han podido formarlos conforme á esta idea de que todo está en movimiento y en un flujo perpétuo, porque creo que este era, en efecto, su pensamiento; pero puede suceder que no sea así en realidad; y quizá los autores de los nombres, por una especie de vértigo, se vieron arrastrados por un torbellino, en el que nosotros mismos nos vemos envueltos. Hé aquí, por ejemplo, querido Cratilo, una cuestión que se me presenta muchas veces como un sueño; lo bello, el bien y todas las cosas de esta clase, ¿debe decirse que existen en sí ó que no existen?

CRATILO.

Yo, Sócrates, creo que existen.

SÓCRATES.

No se trata de examinar si existe un bello semblante ó cualquiera otro objeto de esta naturaleza, porque todo esto me parece que está en un movimiento perpétuo. Lo que importa saber es si la belleza misma existe eternamente tal cual es.

CRATILO.

Necesariamente.

SÓCRATES.

¿Si lo bello pasase sin cesar, podría decirse con propiedad, primero, que es tal cosa: y despues, que es de tal

naturaleza? ¿No sucedería necesariamente, que mientras hablábamos, se habría hecho otra cosa, habría huido y habría mudado de forma?

CRATILO.

Necesariamente.

SÓCRATES.

¿Cómo podría existir una cosa, si nunca apareciera de una misma manera? Si existe durante un instante de la misma manera, es claro que, durante este tiempo, no pasa. Si subsiste siempre de la misma manera, y siempre la misma, ¿cómo podría mudar y moverse, no saliendo para nada de su esencia?

CRATILO.

No podría.

SÓCRATES.

Una cosa, que estuviera siempre en movimiento, no podría ser conocida por nadie. Mientras que se aproximaba para conocerla, se haría otra y de otra naturaleza; de suerte que no podría saberse lo que es y como es. No hay inteligencia que pueda conocer el objeto que conoce, si este objeto no tiene una manera de ser determinada.

CRATILO.

Es cierto.

SÓCRATES.

Tampoco puede decirse que sea posible conocimiento alguno, mi querido Cratilo, si todas las cosas mudan sin cesar; si nada subsiste y permanece. Porque si lo que llamamos conocimiento, no cesa de ser conocimiento, entonces el conocimiento subsiste, y hay conocimiento; pero si la forma misma del conocimiento llega á mudar, entonces una forma remplace á otra, y no hay conocimiento; y si esta sucesion de formas no se detiene nunca, no habrá jamás conocimiento. Desde este acto no habrá, ni persona que conozca, ni cosa que sea conocida. Si, por el contrario, lo que conoce existe; si lo que es conocido

existe; si lo bello existe; si el bien existe; si todos estos séres existen; no veo qué relacion puedan tener todos los objetos, que acabamos de nombrar, con el flujo y el movimiento. ¿Estos objetos son, en efecto, de esta naturaleza, ó son de otra, es decir, como quieren los partidarios de Heráclito y muchos otros? Este punto no es fácil de decidir. No es propio de un hombre sensato someter ciegamente su persona y su alma al imperio de las palabras; prestarlas una fe entera, lo mismo que á sus autores; afirmar que estos poseen sólo la ciencia perfecta, y formar sobre sí mismo y sobre las cosas este maravilloso juicio de que no hay nada estable, sino que todo muda como la arcilla; que las cosas se parecen á los enfermos atacados de fluxiones, y que todo está en un movimiento y cambio perpétuos. Quizá sea así, mi querido Cratilo; quizá sea de otra manera. Es preciso, pues, examinar este punto con resolucion y con el mayor detenimiento, sin admitir nada á la ligera. Eres aún jóven, y estás en la edad del vigor; y si en tus indagaciones llegas á hacer algun descubrimiento, me harás partícipe de él.

CRATILO.

Así lo haré. Es preciso, sin embargo, que sepas, Sócrates, que yo he pensado ya mucho en esta cuestion; y que, bien pesado y examinado todo, me parece que la verdad está de parte de Heráclito.

SÓCRATES.

Espero entónces, querido mio, que á tu vuelta me hables de esto otra vez. Ahora, ya que tienes hechos tus preparativos, marcha al campo. Hermógenes te acompañará.

CRATILO.

Sea así, Sócrates. Pero tú procura tambien pensar sobre el objeto que acaba de ocuparnos.

FIN DEL TOMO IV.

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	<u>PÁGINAS.</u>
Argumento del Sofista.....	9
El Sofista.....	23
Argumento del Parménides.....	143
Parménides.....	161
Argumento del Menon.....	275
Menon.....	283
Argumento del Cratilo.....	347
Cratilo.....	361

ERRATAS.

En la página 241, línea 7, donde dice «hacer» debe decir *nacer*
En la página 370, línea 18, donde dice «nó?», debe decir *nó*.
En la página 380, línea 30, donde dice «jóven» debe decir *jóven*,
En la página 456, línea 16, donde dice «Cratilo;» debe decir
Cratilo,

BIBLIOTECA FILOSÓFICA.

OBRAS COMPLETAS DE PLATON.

VAN PUBLICADOS:

DIÁLOGOS SOCRÁTICOS.—Tomo I: Eutifron.—Apología de Sócrates.—Criton.—Primer Alcibiades.—Carmides.—Laques.

DIÁLOGOS SOCRÁTICOS.—Tomo II: Protágoras.—Primer Hippias.—Menexenes.—Ion.—Lisis.—Fedro.

DIÁLOGOS POLEMICOS.—Tomo III: Filebo.—Teetetes.—Eutidemo.
Está ya cubierta la suscripción de los 500 ejemplares que se tiran de las obras de Platon.

Medina y Navarro, editores, Arenal 16, Madrid.

EXPOSICION HISTÓRICO-CRÍTICA

DE LOS

SISTEMAS FILOSOFICOS MODERNOS

Y

VERDADEROS PRINCIPIOS DE LA CIENCIA

POR

DON PATRICIO DE AZCÁRATE.

CUATRO VOLUMENES EN 4.º

Precio: En Madrid, 80 rs.; en provincias, 86.

Se halla de venta en la librería de Durán.

Los suscritores á la BIBLIOTECA FILOSÓFICA obtendrán la obra por 70 reales en Madrid y 76 en provincias.